

LA CORRIENTE DEL RÍO

150 CUENTOS ESPIRITUALES



Fray Julián de Cos, O.P.

Salamanca, 2022

La corriente del río

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

LA CORRIENTE DEL RÍO
150 cuentos espirituales

SALAMANCA, 2022

La corriente del río

02-03-2022

ISBN: 978-84-09-37732-9

Este libro ha sido editado por el propio autor y puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/la-corriente-del-rio/>

Foto de portada: el río Tormes a su paso por Salamanca.

*Dedicado
a la memoria de
fray José Fernández Moratíel, O.P. (1936-2006),
un gran narrador de cuentos espirituales,
a los que él llamaba «leyendas».*

CONTENIDO

<i>INTRODUCCIÓN</i>	11
1. EL CORAJE DE SAN JORGE.....	13
2. EL HUMILDE GUSANO.....	13
3. LA INVITACIÓN A CAFÉ	14
4. EL ROBO DE UNA OVEJA	15
5. LA PEREGRINACIÓN DE LA VIUDA.....	15
6. EL RICO MAGNATE.....	16
7. LA VIDA COTIDIANA.....	17
8. EL MURO DEL MONASTERIO	17
9. LA VELA.....	18
10. LAS DEPRESIONES DEL MONJE	19
11. LA PACIENCIA DE LA NOVICIA.....	19
12. EL COMERCIANTE DE ZAPATOS.....	20
13. LA LECCIÓN DE CANTO GREGORIANO	21
14. LA GRANJA DE CABALLOS	21
15. EL BUEN CANTERO	22
16. EL REY ADULADO	22
17. LAS TRES ALMAS.....	23
18. LA CUBERTERÍA DE PLATA.....	24
19. LA SONORA VOZ.....	25
20. EL REY TIRANO	26
21. LAS CUERDAS DE LA GUITARRA	27
22. EL ANILLO DEL OBISPO.....	27
23. EL PAQUETE DE GALLETAS	28
24. LAS LOMBRICES DEL CAMINO.....	28
25. LA LARGA CUESTA.....	29

26. LAS DOS FILAS.....	30
27. EL ÍDOLO.....	30
28. LA CADENA	32
29. EL GENERAL AFRICANO.....	32
30. EL REGALO DE LA NIÑA.....	33
31. EL SACERDOTE PETULANTE.....	34
32. EL HERMANITO.....	34
33. LAS DOS MADRES.....	35
34. EL BOTÍN	36
35. DOS MONJES MUY DIFERENTES.....	36
36. LA DISCRECIÓN.....	38
37. LOS REMORDIMIENTOS TRAS LA GUERRA.....	39
38. EL LUGAR RESERVADO AL REY	39
39. EL AGUJERO DE LA CERCA.....	40
40. LA FAMILIA DEL PUENTE	41
41. EL TARRO DE AZÚCAR	41
42. EL CUENCO DEL MONJE	42
43. EL GRAN LIENZO	43
44. EL ERMITAÑO APALEADO.....	44
45. EL JOVEN GUAPO	44
46. LOS TABLONES, EL RAYO Y LOS TÁRTAROS.....	45
47. EL NOVICIO HUMILDE.....	46
48. LA TIENDA DE SEMILLAS	47
49. EN BUSCA DEL ERMITAÑO	47
50. EN LO PROFUNDO DEL BOSQUE	48
51. LA PUERTA ESTRECHA	49
52. LAS RAMITAS ROTAS.....	50
53. EL DESPACHO DE CÁRITAS.....	51

54. EL TAZÓN DE LECHE.....	51
55. LAS FRESAS CON MIEL	52
56. EL HALCÓN Y LA RAMA.....	53
57. LA LARGA ESPERA	54
58. LA PEQUEÑA MONEDA.....	55
59. LA ROSA MÁS BELLA	56
60. EL SABIO CONSEJERO	56
61. EL CABALLERO ESCLAVO.....	57
62. LA AGUJA PERDIDA	58
63. EL BOSQUECITO	59
64. EL FABRICANTE DE ESTERILLAS.....	60
65. LA MEMORIA DEL NOVICIO	61
66. LA POBRE ANCIANA	62
67. LOS SACOS DE HARINA.....	62
68. EL AYUDANTE DEL ESCRITOR	63
69. LA TRAVESÍA EN BARCO	64
70. LA PESADILLA DE LA ENFERMA.....	65
71. EL JOVEN LEÑADOR.....	66
72. EL PERRO DEL HERMANO PASTOR.....	67
73. UNA APARICIÓN EN LA HUERTA	68
74. EL BARBERO DE COMPOSTELA	69
75. EN BUSCA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA	70
76. LA MANZANA DE LA MAESTRA	70
77. EL COMERCIANTE Y LA ERMITAÑA.....	72
78. LA MOLESTA SILLA	73
79. SABER BARRER	74
80. EL EMPRESARIO Y EL HERMANO PORTERO	75
81. LA AUTÉNTICA FELICIDAD	76

82. EL PASEO POR EL BOSQUE	77
83. UNA CENA CON EL ARZOBISPO	77
84. LA LECHUGA LAVADA.....	79
85. LA JOVEN MÁS INTELIGENTE	79
86. EL AGUA DERRAMADA	80
87. LA SABIA ANCIANA	81
88. LA BARCA DEL ERMITAÑO.....	81
89. LA CRIADA INSOPORTABLE	83
90. LOS VASOS DE AGUA	83
91. EL CABALLERO DE LA FRONTERA	84
92. LA CAPA DEL FRAILE	84
93. EL SISTEMA DE RIEGO	85
94. LA PESADA ROCA.....	86
95. EL CEMENTERIO DEL CONVENTO	87
96. EL ACCIDENTE DE AUTOBÚS.....	88
97. LA HERMANA ALCANTARILLERA	89
98. LAS DOS ORILLAS.....	90
99. LA ZANJA DE LA HUERTA	90
100. EL BARRIL DE BRANDI.....	91
101. LA PURIFICACIÓN DE LA PLATA	92
102. LA MONJA ENGREÍDA	92
103. LA CABRA PERDIDA	93
104. LOS DOS PASTORES	94
105. LAS NOVICIAS DORMILONAS.....	94
106. LA PETICIÓN DE LA NÁUFRAGA	95
107. LAS REJAS DEL LOCUTORIO	95
108. EL PALACIO DEL MÍSTICO	96
109. LOS SONIDOS DEL BOSQUE.....	97

110. LA CAJA DE MONEDAS.....	98
111. LA CUERDA DEL CAMELLO	99
112. LOS CINCO TRAZOS.....	100
113. LA ERMITAÑA Y LOS ESTORNINOS.....	101
114. LA TIENDA DE PASTAS	102
115. EL NOVICIO INSULTADO.....	103
116. EL ESTÓMAGO DEL REY.....	104
117. EL PADRE DE LA POSTULANTE.....	105
118. EL NIÑO DEL CHALÉ	106
119. EL MENDIGO MALOLIENTE	107
120. EL VIEJO LIBRO	108
121. LAS VISTAS DESDE LA VENTANA	109
122. LOS CAJONES DEL APARADOR	110
123. LA PROHIBICIÓN DEL CARDIÓLOGO.....	111
124. LA COCINERA HABLADORA.....	111
125. UNA HIGUERA EN EL DESIERTO.....	112
126. EL DIAMANTE DEL FRAILE	113
127. LOS DOS TEÓLOGOS	114
128. EL PEQUEÑO VISITANTE	114
129. LA PRUEBA DE CANTO	115
130. LA TORMENTA DE ARENA	115
131. EL CORAZÓN DEL PÁRROCO.....	116
132. EL SECRETO DE LA FELICIDAD	117
133. LA MEJOR ESCUELA DE ORACIÓN	118
134. LA TENUE LUZ	119
135. EL BARREÑO CON AGUA.....	119
136. LAS DUDAS DEL SEMINARISTA	120
137. EL ANCIANO CABALLERO.....	121

138. ¿CÓMO ES DIOS?	122
139. LA CORRIENTE DEL RÍO	123
140. LOS MILAGROS DEL PREDICADOR.....	124
141. EL SABIO CARPINTERO.....	125
142. EL ROBO AL ERMITAÑO	125
143. GUARDAR UN SECRETO	126
144. EL PAISAJE DEL MONASTERIO.....	126
145. EL DESEO DE UNIRSE A DIOS	126
146. LA POCILGA DEL MONASTERIO	128
147. EL OSO Y LOS LOBOS	129
148. EL AYUDANTE DEL JUEZ	129
149. NINGUNA PERSPECTIVA DE FELICIDAD.....	130
150. LA MINA DE COBRE.....	130
BIBLIOGRAFÍA.....	133
Libros	133
Webs	134

INTRODUCCIÓN

Hay muchos cuentos espirituales muy entretenidos y didácticos. Sobre todo versan acerca de la relación de la persona con Dios, pero también sobre la relación con otras personas y con la naturaleza, pues Dios se hace presente en todas partes.

Sabemos que Jesús empleaba asiduamente cuentos (o parábolas) para predicar el Evangelio. También podemos encontrar cuentos de temática espiritual en otras religiones, y muchos de ellos tienen una enseñanza que es perfectamente válida en el seno de la Iglesia Católica. De hecho, resulta muy útil emplear cuentos de otras religiones para dar retiros espirituales o para predicar el Evangelio. Pero facilita mucho su comprensión y asimilación si esos cuentos se «traducen» a parámetros cristianos.

Pues bien, eso es lo que hemos hecho para confeccionar este libro. De los 150 cuentos que aquí ofrecemos, muchos están inspirados en cuentos de otras religiones. También nos hemos basado en narraciones actuales, en fábulas clásicas y en historias reales. Y hay algunos cuentos que son de cosecha propia. Pero todos tienen algo en común: han sido adaptados al contexto cristiano católico. Al final de este libro aparece la bibliografía que hemos empleado.

Como es obvio, habrá determinados cuentos que no digan apenas nada a unos lectores y, sin embargo, a otros les tocarán lo más hondo del corazón. Y eso es así porque somos diferentes, vivimos en circunstancias diversas y, sobre todo, porque Dios es libre para decirnos lo que considere más oportuno, como Él quiera, a cada uno de nosotros. Lo importante es leer los cuentos abriendo nuestra mente y nuestro corazón, para que podamos captar lo que Dios quiere decirnos por medio de ellos.

1. EL CORAJE DE SAN JORGE

En un pequeño reino, el rey tenía su palacio lleno de imágenes de san Jorge matando al dragón. Por eso, cuando sus súbditos entraban en él, quedaban impresionados y pensaban: «Tenemos un rey valeroso que es capaz de enfrentarse a cualquier peligro».

Pero ocurrió que un reino vecino les declaró la guerra y comenzó a invadir su territorio. Cuando todos los súbditos pensaban que su rey saldría con el coraje de san Jorge a defender sus tierras, resulta que les llegó la sorprendente noticia de que había huido por la noche, dejando a uno de sus condes al mando de las tropas.

Aquel rey cobarde, cabalgando durante semanas, llegó a un lejano y recóndito monasterio en el que pidió hospedaje. El abad le recibió en su celda y el rey, arrepentido, le contó entre sollozos que él tenía en su palacio muchas imágenes de san Jorge y cómo, sin embargo, había huido despavorido del combate, abandonando a sus súbditos.

Entonces el abad le dijo:

- Tranquilo, tranquilo. Le entiendo muy bien. En este monasterio nos pasa lo mismo que a su majestad. Tenemos multitud de crucifijos, pero a todos nos sigue costando mucho seguir el camino de la cruz.

2. EL HUMILDE GUSANO

Una novicia estaba muy contenta, pues consideraba que había alcanzado un elevado grado de humildad. Y fue a decírselo a su maestra. Pero ésta lo puso en duda, pues no creía que su novicia fuese tan humilde. Por ello, la maestra retó a su novicia diciéndole:

- Aquí tengo una almendra. Si me demuestras que eres más humilde que yo, te la puedes comer.

La novicia aceptó el reto y dijo:

- Madre, me considero tan humilde como la vaca del establo.

La maestra le respondió:

- Hermana, eso no es nada, porque yo soy tan humilde como un excremento de la vaca del establo.

Aquello sorprendió a la novicia, pero rápidamente reaccionó diciendo:

- Pues mire, madre, yo soy tan humilde como un gusano que se come el excremento de la vaca del establo. ¿Ha visto? ¡Nadie me gana en humildad!

Entonces la maestra cogió la almendra y se la comió.

3. LA INVITACIÓN A CAFÉ

Un párroco se hizo famoso por sus homilías de la Misa dominical. Cada vez asistía más gente a sus Misas y menos a las de su coadjutor. Por ello, movido por la envidia, éste comenzó a criticar las homilías del párroco diciendo que, en el fondo, siempre decía lo mismo, no añadía ninguna innovación y se limitaba a exponer lo que todo el mundo ya sabía, por lo que no merecía la pena ir a sus Misas.

Cuando el párroco se enteró de lo que decía su coadjutor, le invitó a tomar un café en su despacho. Se lo preparó con mucho cuidado y se lo sirvió. Cuando el coadjutor tomó un sorbo de aquel café, se quedó espantado por su horrible sabor y le dijo:

- ¡Me dijiste que me ibas a invitar a tomar un café, no este líquido inmundado!

Entonces el párroco sonrió y le dijo:

- Como sé que te gustan mucho las innovaciones y que no aceptas lo de siempre, en vez de servirte un simple café, le he añadido mayonesa.

El coadjutor comprendió la broma de su párroco y, sonriendo, le invitó a tomar un café en una cafetería.

4. EL ROBO DE UNA OVEJA

En un antiguo reino, estaba en la cárcel un hombre que había cometido un robo. Todos conocían su fama de tramposo. El juez que le iba a juzgar era un abad, pues el robo había ocurrido en un territorio que estaba bajo la administración de su abadía. Cuando comenzó el juicio, el ladrón dijo:

- Padre abad, entré en el prado de mi vecino, me llevé una oveja, la maté y repartí entre los pobres la carne. He oído que Dios perdona a los que se muestran caritativos. ¡Yo creo que me merezco el perdón, pues sólo me he quedado con la piel y la grasa de la oveja!

5. LA PEREGRINACIÓN DE LA VIUDA

Un pescador y sus dos hijos salieron a pescar en su barco muchas millas mar adentro, estalló una terrible galerna y no se supo más de ellos. Cuando comunicaron a la viuda lo sucedido, ella estuvo varios días llorando. Y decidió emprender una larga peregrinación con el fin de dar sentido a aquella catástrofe. Al llegar a una catedral, habló con un canónigo y éste le dijo:

- Señora, eso parece un castigo de Dios. Debe usted pedir perdón por sus pecados para que Dios la perdone.

La mujer se confesó con el canónigo, pero después siguió su peregrinación, pues intuía que sus pecados no eran merecedores de semejante castigo. Pasadas unas semanas, le contó lo que le había pasado a una posadera y ésta le dijo:

- Señora, lo que me ha contado es una clara prueba de que Dios no existe. Porque de existir, no habría permitido que usted se quedara sin familia.

La mujer pensó en aquello, pero lo rechazó, pues ella tenía fe en Dios y sentía que realmente habitaba en su corazón. Por ello siguió peregrinando. Pasadas unas semanas llegó a un apartado monasterio y habló con la hermana portera. Ésta le dijo:

- Señora, la vida es un misterio. Aquí se cayó el tejado de la iglesia hace unos años y murieron nueve hermanas. Ante aquella tragedia, preferimos no culpabilizarnos a nosotras mismas ni tampoco a Dios, sino todo lo contrario: nos pusimos confiadamente en sus manos, sabiendo que Él es bueno y que nosotras merecemos su ayuda. Y, efectivamente, hemos sentido cómo Él nos ha ayudado a superar aquello y hemos seguido adelante con optimismo.

Esta sabia lección le animó mucho a la mujer y decidió regresar a su tierra. Cuando llegó a su casa se llevó una gran alegría, pues allí estaban su esposo y sus hijos. Éstos le contaron cómo habían estado a la deriva durante muchos días, hasta que un barco mercante les rescató.

6. EL RICO MAGNATE

A la portería de un convento llegó un rico y conocido magnate de la ciudad y le dijo al hermano portero que quería hablar con el prior. Cuando éste bajó a la portería, le llamó mucho la atención ver que aquel hombre no vestía un suntuoso traje, sino una humilde túnica. Y con él llevaba un pequeño saco.

El prior le invitó entonces a pasear por el claustro, pues la mañana era muy agradable. Cuando le preguntó el motivo de su visita, el hombre le contestó muy escuetamente:

- Deseo ingresar en su Orden.

Como es obvio, aquello llamó mucho la atención del prior y le preguntó por qué había tomado esa decisión. Y le dijo aquel hombre:

- Padre, como bien sabe, lo he tenido todo en la vida, pues he logrado amasar una inmensa fortuna. Eso me ha permitido vivir en lujosos palacios y he viajado a lejanos países. En todas partes la gente me adulaba y las mujeres caían rendidas ante mí. He tenido todo lo que un hombre puede desear y lo he tenido en abundancia.

El prior asintió con la cabeza y el hombre añadió:

- Padre, he llegado a la cumbre del éxito. Y he visto que en esa cumbre no hay nada.

7. LA VIDA COTIDIANA

Una novicia fue a la celda de una anciana de su comunidad para plantearle una importante duda. Le dijo:

- Hermana, la maestra nos dice que si queremos ser felices en el monasterio, es necesario que sintamos la presencia de Dios en la vida cotidiana. Pero a mí la vida cotidiana me resulta aburrida.

Le dijo la anciana:

- No te preocupes, cuando sientas la presencia de Dios en tu vida cotidiana, ésta dejará de ser aburrida, porque Dios dará sentido a todo lo que hagas.

8. EL MURO DEL MONASTERIO

Para la construcción de un embalse, una empresa edificó un gran poblado para sus obreros, y exigió que todos fueran varones solteros, pues consideraba que eso les haría trabajar más y crearían

menos problemas. Además, la empresa les dio salarios muy elevados, para que estuviesen contentos y satisfechos.

Este poblado se construyó junto al muro de un monasterio. Y cada vez que un obrero trepaba por ese muro y miraba lo que había al otro lado, sonreía, saltaba y se quedaba para siempre en el monasterio. Aquello no gustó al capataz de la obra, por lo que pidió explicaciones al abad. Pero éste se limitó a decir estas palabras:

- Señor capataz, el Reino de Dios es muy atrayente.

Entonces, el capataz decidió desplazarse hasta el muro del monasterio con varios ayudantes para ver qué pasaba al otro lado. Cuando llegaron al muro, ataron por la cintura a un obrero y le pidieron que trepase. Y así lo hizo. Una vez arriba, miró, sonrió, y cuando se disponía a saltar el muro, los de abajo tiraron de la cuerda y le hicieron bajar.

Cuando le preguntaron qué había visto al otro lado del muro, el obrero se quedó mudo, pues no tenía palabras para describirlo.

9. LA VELA

Cuatro frailes fueron elegidos para asistir a un Capítulo General que su Orden iba a celebrar en Roma. Con el fin de prepararse espiritualmente para tal evento, decidieron retirarse a una capilla que estaba en medio del campo. Su plan era estar allí una jornada entera haciendo silencio contemplativo.

Llegaron a la capilla, la limpiaron, se acomodaron en ella y se pusieron a orar. Sólo se oía el canto de los pájaros y las hojas de los árboles moviéndose con la brisa. En la capilla habían puesto una vela encendida, en medio de ellos.

Pasadas unas horas, uno dijo:

- Se está apagando la vela.

Entonces otro, algo molesto, le riñó:

- Por favor, hermano, guarda silencio.

Otro fraile les dijo a ambos:

- Hermanos, no hemos venido aquí a charlar.

Y entonces el cuarto fraile, muy enfadado, les preguntó:

- ¿Es que soy el único que sabe orar en silencio?

10. LAS DEPRESIONES DEL MONJE

Un joven que deseaba alcanzar la perfección espiritual viajó al desierto con el fin de hablar con un gran maestro. Tras mucho caminar, encontró en una cueva al maestro que estaba buscando.

El joven saludó amablemente a aquel monje eremita, se sentó a su lado y le preguntó:

- Antes de que usted alcanzase la perfección espiritual, ¿se deprimía?

El monje asintió con la cabeza y dijo:

- Sí, a veces, como todo el mundo.

El joven le hizo otra pregunta:

- Dígame, y ahora, después de haber alcanzado la unión con Dios, ¿se deprime?

Entonces el monje, con una leve sonrisa, le dijo:

- Sí, a veces, pero ya no me importa.

11. LA PACIENCIA DE LA NOVICIA

En un monasterio, la maestra estaba con una de sus novicias bordando una hermosa casulla. En un momento dado le dijo:

- Hermana, recuerda que tienes que ser muy paciente con las demás.

La novicia le contestó:

- Sí, madre, eso ya lo sé.

Al cabo de diez minutos, la maestra le dijo:

- Hermana, recuerda que tienes que ser muy paciente con las demás.

La novicia asintió con la cabeza y siguió bordando. A los diez minutos, la maestra le dijo:

- Hermana, recuerda que tienes que ser muy paciente con las demás.

La novicia, algo molesta, volvió a asentir con la cabeza y siguió bordando. A los diez minutos, la maestra le dijo:

- Hermana, recuerda que tienes que ser muy paciente con las demás.

Entonces la novicia estalló y le dijo airadamente:

- ¡Madre, ya me lo ha dicho cuatro veces, le ruego que no me lo vuelva a repetir!

Y la maestra, con suma tranquilidad, le dijo:

- Hermana, recuerda que tienes que ser muy paciente con las demás.

12. EL COMERCIANTE DE ZAPATOS

Un comerciante llegó en barco a una apartada isla del Pacífico con ánimo de vender sus zapatos y, al desembarcar, vio horrorizado que en aquel bello lugar todos iban descalzos. Pensando que la gente

era tan pobre que no tenía ni para comprar zapatos, decidió irse en el siguiente barco que llegase a la isla.

Al cabo de una semana llegó el barco, y mientras el comerciante subía la escalerilla, por ella desembarcaban tres misioneras. Éstas, al ver que nadie usaba zapatos, les pareció que aquella gente era muy sabia, ya que no malgastaban su dinero en algo que no era necesario en aquel lugar.

13. LA LECCIÓN DE CANTO GREGORIANO

Llegó a un monasterio un joven deseoso de ser monje, pues le gustaba mucho el canto gregoriano. El primer día, nada más acabar de desayunar, el maestro llevó a aquel postulante a la huerta, le dio una azada y le dijo:

- Ésta es la primera lección de canto gregoriano: quita las malas hierbas del viñedo.

14. LA GRANJA DE CABALLOS

Una familia vivía tranquilamente en una granja en la que criaban caballos. La madre y el padre solían quejarse de tener que trabajar todos los días, y de la dureza de vivir en el campo, pasando mucho frío en invierno y mucho calor en verano. Deseaban poder ir al teatro y tener las comodidades de la ciudad.

Por ello, decidieron vender la granja y trasladarse a la capital. Pero allí la vida era mucho más complicada de lo que esperaban. Ni la madre ni el padre lograron un buen trabajo y acabaron instalándose en un suburbio de las afueras de la ciudad, malviviendo en una choza.

Un día pasó a saludarles el párroco y éste les preguntó:

- ¿Por qué dejaron su vida en la granja?

La respuesta de la madre fue muy escueta:

- Padre, allí éramos felices, pero no lo sabíamos.

15. EL BUEN CANTERO

La priora y la ecónoma de una comunidad contemplativa se acercaron a una cantera donde estaban tallando las piedras con las que se estaba construyendo una catedral. Vieron a un sudoroso cantero y le preguntaron en qué estaba trabajando. Éste contestó algo enfadado:

- Hermanas, ¿no lo ven?, estoy tallando un sillar para un muro.

Después le hicieron la misma pregunta a otro cantero que parecía muy fatigado y éste les dijo:

- Hermanas, ¿no lo ven?, estoy tallando un capitel.

Pero les llamó la atención ver a un joven sonriente que trabajaba con mucho brío con el martillo y el cincel. Llenas de curiosidad, se acercaron a él y le preguntaron en qué estaba trabajando. Y éste les contestó muy emocionado:

- Hermanas, ¿no lo ven?, ¡estoy construyendo una catedral!

La priora, iluminada por la respuesta de aquel joven, le dijo:

- Estamos buscando un buen cantero, porque se nos ha caído un muro de la iglesia. ¿Quieres construir con nosotras el Reino de Dios?

16. EL REY ADULADO

Un rey estaba acostumbrado a que todos sus súbditos le adulasen en todo momento. Aquello le hacía disfrutar mucho. Pero el obispo nunca le adulaba, lo cual le tenía cada vez más amargado. Por eso le hizo venir a su palacio para poner fin a ese problema. Cuando

el obispo estuvo en la sala de audiencias, el rey le preguntó directamente:

- Monseñor, si le regalase una cuarta parte de mi fortuna, ¿usted me adularía?

El obispo no estaba de acuerdo, por eso dijo:

- Su majestad, en ese reparto yo salgo muy perjudicado, lo cual no le hace merecedor de mis halagos.

Volvió a preguntar el rey:

- ¿Y si le diese la mitad?

El obispo volvió a oponerse:

- Su majestad, no tiene sentido adular a alguien que tiene el mismo dinero que yo.

El rey, de nuevo, preguntó:

- ¿Y si le diese toda mi fortuna?

El obispo seguía sin aceptar:

- Si yo fuese rico, ¿qué sentido tendría que yo adulase a alguien que no tiene dinero?

El rey, desesperado, se puso a llorar. Entonces el obispo le dijo:

- Si su majestad fuese justo y magnánimo con sus súbditos, tampoco le adularía, pero sí le admiraría.

17. LAS TRES ALMAS

Cuenta una leyenda que Dios decidió permitir a tres almas que escogiesen en qué persona se iban a encarnar. La primera alma dijo:

- Yo quiero encarnarme en una persona cuya familia sea multimillonaria, para poder tener lo que se me antoje.

Y Dios complació su deseo. La segunda alma dijo:

- Yo quiero encarnarme en una persona que pueda viajar mucho, porque quiero conocer el mundo entero.

Y Dios complació su deseo. La tercera alma dijo:

- Yo quiero encarnarme en una persona lo suficientemente sabia como para ser feliz con lo que tenga, aunque sea poco.

Y Dios complació su deseo. Pues bien, la leyenda dice que, de las tres almas, sólo ésta fue feliz.

18. LA CUBERTERÍA DE PLATA

La madre priora hizo venir a su celda a la hermana refectolera, que era la encargada del comedor (o refectorio) del monasterio, le entregó una hermosa y pesada caja de madera, y le dijo:

- Hermana, el señor conde nos ha regalado esta bella cubertería de plata y quiero que la pongas en la mesa del comedor para que la disfruten todas las hermanas.

La hermana refectolera obedeció a su priora y se llevó la caja al comedor. Al cabo de una hora, la hermana regresó a la celda de la priora y le dijo:

- Madre, le ruego que me traslade al monasterio de la montaña.

La priora, sorprendida, le preguntó el por qué, y ésta respondió:

- Madre, hoy usted me ha pedido que ponga en la mesa del comedor esa lujosa cubertería que nos regaló el señor conde. Después, otra persona nos regalará unas nuevas cortinas o unos buenos muebles para nuestras dependencias. Y antes de que nos demos cuenta, estaremos viviendo en un rico palacio, no en un pobre monasterio. Y yo me consagré a Cristo para ser monja, no princesa. Por eso le pido que me

traslade al monasterio de la montaña, pues me consta que allí las hermanas son realmente pobres.

Ante aquello, la priora se quedó pensativa. Pasados unos segundos, le pidió que llamara a la hermana ecónoma. Cuando ésta llegó, le dijo:

- Hermana, te lo ruego, ve inmediatamente al comedor, recoge la nueva cubertería de plata y véndela en la ciudad. Y con el dinero que te den, compra pan para los pobres.

19. LA SONORA VOZ

Un joven caminaba por el campo, cuando, de súbito, le sobrevino una densa niebla que le impedía ver por dónde caminaba y a los pocos pasos cayó por un precipicio. Pero pudo agarrarse a una rama, quedando colgado de ella. Entonces gritó desesperado:

- ¡Señor, ayúdame!

Y oyó una sonora voz que le decía:

- Suéltate.

Pero aquel joven no se quería soltar porque tenía mucho miedo. Y volvió a gritar:

- ¡Señor, ayúdame!

Y de nuevo oyó una sonora voz que le decía:

- Confía en mí, suéltate.

El joven no se fiaba y seguía aferrado a la rama, envuelto en la espesa niebla. Pero, pasados unos minutos, se quedó sin fuerzas y no tuvo más remedio que soltarse. Entonces, milagrosamente, descubrió que el suelo estaba a un palmo de sus pies.

Cuando se le pasó el susto, ya se había disipado la niebla. En ese momento descubrió que junto a él había un pastor y éste le dijo:

- ¿Pero qué esperabas, que Dios te enviara un ángel para que te tomara en brazos?

Entonces aquel joven, sorprendido, reconoció la sonora voz del pastor.

20. EL REY TIRANO

Había un rey que era un tirano, pues trataba a sus súbditos como si fuesen sus esclavos. Sin embargo, este rey deseaba ser amado por ellos, lo que le movió a ordenar, bajo pena de muerte, que todos le amasen. Obviamente, consiguió todo lo contrario: la gente de los pueblos huía despavorida cuando le veía llegar a caballo, rodeado de un grupo de soldados.

Eso le hizo recapacitar y decidió consultar a su anciana madre, que vivía en una apartada torre del castillo. Se trataba de una mujer muy querida por todos, y él deseaba saber cómo lo había conseguido. Su madre le preguntó:

- ¿Me quieres?

El rey, sorprendido por aquella pregunta, respondió:

- Sí, madre, por supuesto que te quiero.

Y le preguntó de nuevo la madre:

- ¿Alguna vez te ordené que me amaras?

El rey negando con la cabeza, respondió:

- No, madre, claro que no.

La madre le dijo entonces:

- Piensa en qué hice yo para merecer tu amor y haz lo mismo con tus súbditos.

21. LAS CUERDAS DE LA GUITARRA

En un monasterio, la maestra observó que una novicia hacía ejercicios ascéticos excesivamente rigurosos, de tal forma que la veía cansada y demacrada. Por eso fue a su celda para hablar con ella y le dijo:

- Hermana, antes de ingresar en el noviciado tocabas la guitarra en tu parroquia, ¿verdad?

La novicia asintió y la maestra siguió hablándole:

- Entonces sabrás que para que una guitarra tenga las cuerdas bien afinadas, éstas no pueden estar ni demasiado flojas ni demasiado tensas. Han de tener la tensión justa.

La novicia volvió a asentir y le dijo la maestra:

- Contigo pasa lo mismo. Si te esfuerzas poco en tus ejercicios ascéticos, después no estarás preparada para superar las dificultades de la vida monástica, ni podrás dejarte guiar por Dios. Pero si te pasas, estarás tan débil y extenuada, que tampoco podrás hacerlo. Por eso, debes encontrar el punto justo en el que estés bien afinada.

22. EL ANILLO DEL OBISPO

Un obispo emprendió un largo viaje a Roma pues había sido convocado por el Papa. De camino, cuando llegaba a las puertas de una ciudad, enseñaba su anillo de obispo y le dejaban pasar. Lo mismo hacía cuando llegaba a un monasterio: enseñaba el anillo y era recibido por el abad. Aquel anillo era muy importante para él.

Pero un día, mientras atravesaba un sombrío bosque, unos bandidos le asaltaron y le robaron todo, incluido el anillo. Cuando se quedó solo y sin nada, viendo que ya no llevaba el anillo, miró al cielo y exclamó:

- ¡Señor! ¿quién soy yo?

23. EL PAQUETE DE GALLETAS

Una religiosa se dirigió al aeropuerto pues tenía una importante reunión en la capital. Pero allí se encontró con que su vuelo tenía un retraso de dos horas. Por ello, fue a una tienda del aeropuerto, compró un libro y un paquete de galletas y los metió en el bolso. Después fue a la sala de espera, sacó el libro del bolso y se puso a leer. Al lado tenía el paquete de galletas, cogió una y se la comió.

Junto a ella estaba sentado un señor que también estaba leyendo un libro. Pero la hermana se llevó una gran sorpresa cuando vio que aquel señor cogía una galleta de su paquete, le sonreía y se la comía. Ella se enfadó mucho pero no dijo nada, pues, siendo una religiosa, de ella se esperaba que compartiera sus galletas. El hecho es que, cada vez que ella cogía una galleta del paquete, el señor de al lado cogía otra, por lo que el enfado interior de aquella religiosa iba en aumento. Para colmo, aquel señor cogió la última galleta que quedaba, le sonrió, se levantó y tiró el paquete vacío en una papelera.

Poco después llamaron para embarcar y la hermana se levantó para ponerse en la cola. El señor no se levantó pues iba a tomar otro vuelo. Una vez que la hermana entró en el avión y ocupó su asiento, abrió el bolso y en él se encontró con el paquete de galletas que había comprado en la tienda del aeropuerto. Y entonces se dio cuenta de que, por despiste, se había estado comiendo las galletas del señor de al lado. Y con mucha vergüenza recordó que, mientras él la sonreía amablemente, ella estaba llena de rabia por dentro. Ya no podía hacer nada salvo una cosa: rogar a Dios para que la ayudase a ser más generosa.

24. LAS LOMBRICES DEL CAMINO

Una anciana salía todas las mañanas a dar un largo paseo por el campo. Cuando la noche anterior había estado lloviendo, ella

encontraba muchas lombrices cruzando el camino y, entonces, a pesar de que le costaba agacharse, las cogía con la mano y las dejaba tiernamente entre las hiervas de la cuneta.

Un día, su nieta la vio cogiendo lombrices y le preguntó por qué lo hacía. Y su abuela le contestó:

- Las cojo porque no quiero que nadie las pise.

Aquello le sorprendió a su nieta y le dijo:

- Pero abuela, si hay miles de lombrices que mueren pisoteadas todos los días. No tiene sentido que te esfuerces.

Entonces la abuela, cogiendo una lombriz del suelo, le dijo a su nieta:

- Para esta lombriz sí tiene sentido que me esfuerce en salvarla.

Y, tranquilamente, depositó la lombriz en la cuneta.

25. LA LARGA CUESTA

Dos soldados llevaban unas enormes mochilas con el avituallamiento de la tropa. Pero uno de ellos era mucho más pequeño que el otro. Por ello, cuando comenzaron a subir una empinada cuesta, éste le pidió al otro que le ayudara llevando parte de su carga. Pero el soldado más grande se negó.

Cuando habían recorrido varios kilómetros cuesta arriba, el soldado más pequeño no aguantó aquel esfuerzo y se desmayó, desplomándose contra el duro suelo. Entonces el sargento hizo que le subieran a una camilla y al otro soldado le ordenó que cargara con la mochila de su compañero. Y le dijo:

- Si le hubieras echado una mano cuando te lo pidió, ahora no tendrías que llevar toda su carga.

26. LAS DOS FILAS

Un rey emprendió una guerra contra un condado que se había sublevado. Sólo quedaba por conquistar la capital de dicho condado, pero sus murallas eran demasiado altas y fuertes, por lo que era imposible tomarla por la fuerza. Por ello, el rey decidió someterla a un férreo asedio, rodeándola por completo e impidiendo que nadie pudiera entrar o salir.

Pasados unos meses, el conde envió a unos emisarios para negociar la rendición, pidiendo al rey que dejase salir a toda su población pacíficamente. A éste le pareció bien y al día siguiente se puso en marcha lo acordado.

Para ello, el conde pidió que en la puerta de la ciudad se hicieran dos grandes filas: a la derecha la formada por nobles, artesanos y religiosos, y a la izquierda la formada por pobres, siervos y prostitutas. Cuando estaban hechas ambas filas, aún quedaba por llegar la priora de las monjas.

Cuando ésta llegó a la puerta y vio ambas filas, se puso en la de la izquierda, detrás de una familia muy pobre. Entonces una joven monja fue a toda prisa para advertirla de que se había equivocado de fila. Y la priora le preguntó:

- Hermana, ¿estás segura de que soy yo la que se ha equivocado de fila?

27. EL ÍDOLO

Un rey cristiano viajó al extranjero y, yendo de camino, conoció un próspero reino donde se adoraba a un ídolo. A su regreso, ordenó que se esculpiera un gran ídolo para su reino, esperando que éste le diera prosperidad. Y le dijo al jefe de la guardia:

- Sal a la calle, apresa a las tres primeras personas que pasen por delante de la puerta del palacio y llévalos junto al ídolo. Allí os esperaré yo.

Pasados unos minutos, el jefe de la guardia trajo consigo a un profesor de filosofía, a un abogado y a una barrendera. Y el rey les dijo:

- Si no adoráis a este ídolo, os encarcelaré en las mazmorras del palacio para siempre.

Entonces el profesor de filosofía se dijo a sí mismo: «Hay un filósofo que dice que, cuando peligra la vida, está permitido actuar en contra de las propias creencias, por eso es éticamente correcto que yo adore a este ídolo». Entonces el profesor se postró y el rey le dejó marchar.

Cuando llegó el turno del abogado, éste se dijo a sí mismo: «Hay una ley que dice que, cuando peligra la vida, está permitido actuar en contra de las propias creencias, por eso es legalmente correcto que yo adore a este ídolo». Entonces el abogado se postró y el rey le dejó marchar.

Cuando llegó el turno de la barrendera, ésta se dijo a sí misma: «Aunque no sé nada de filosofía ni de leyes, sé que no es correcto que yo adore a este ídolo». Entonces se negó a postrarse y el rey la envió a las mazmorras.

Pronto se supo por todo el reino lo que había pasado y aquella barrendera pasó a ser un gran referente para todos los fieles. Se difundió tanto por el reino la coherencia de aquella mujer, que hasta el rey se conmovió, se dio cuenta del grave error que había cometido, ordenó destruir el ídolo y él mismo bajó a las mazmorras para liberar a la barrendera.

28. LA CADENA

En un monasterio, el hermano panadero gritó a un hermano ayudante porque se le había caído un pan al suelo. Este hermano, una hora después, le pegó una patada al perro del hermano pastor porque se le cruzó y casi le hace caer. El perro después mordió a un monje que le quiso acariciar, y ese monje, a continuación, no respondió al saludo del hermano portero. Cuando un poco después llegó el correo, el hermano portero se lo entregó de mala manera al padre abad. Éste, viendo que el hermano portero estaba contrariado por algo que le había pasado, se levantó, le abrazó y así cortó aquella cadena de odio que estaba recorriendo el monasterio.

29. EL GENERAL AFRICANO

Un señor estaba leyendo el periódico en la sala de estar y junto a él estaba uno de sus hijos, que era universitario. En un momento dado, el señor dejó de leer y, con alegría, le dijo a su hijo:

- Vaya, aquí dice que un antiguo general africano, que destacó por ser un atroz genocida y por enriquecerse gracias a la guerra civil, tras pasar quince años en un campo de concentración, ahora está empleando su fortuna para construir colegios y hospitales en las regiones que él devastó durante la guerra.

Pero el hijo, con un poco de desdén, le dijo:

- Papá, yo no creo que ese general haya cambiado. Seguro que construye colegios y hospitales para lavar su imagen ante la opinión pública, para después presentarse a las elecciones presidenciales. Yo creo que, en el fondo, sigue siendo un criminal.

Entonces el señor se echó a llorar. Y su hijo, muy conmovido, le preguntó:

- Papá, ¿qué te pasa?

Él, secándose las lágrimas, le respondió:

- Hijo, tú sabes que yo tengo un gran problema y que me está costando mucho superarlo. Para mí es muy importante saber que otras personas han cambiado, pues eso me da esperanzas de que yo también podré cambiar.

Entonces su hijo se quedó callado y, tras pensárselo mejor, le dijo a su padre:

- Papá, tienes razón. Yo debería ser más confiado. Necesito creer que las personas podemos cambiar. A veces se me olvida que, con ayuda de Dios, todo es posible.

30. EL REGALO DE LA NIÑA

En una escuela que unas misioneras tenían en medio de la selva, una niña le llevó un regalo a una de ellas. La misionera desenvolvió el regalo y descubrió que era una bellísima flor. Y le dijo a su alumna:

- Nunca había visto una flor como ésta, ¿dónde la conseguiste?

La niña, señalando con el dedo, respondió:

- Hermana, estas flores sólo crecen en la cima de aquella montaña.

Se trataba de una de las montañas más altas del entorno. Por eso le dijo la misionera:

- Te habrá costado mucho subir a por esta flor.

Y la niña respondió:

- Sí, eso forma parte del regalo.

31. EL SACERDOTE PETULANTE

Un sacerdote se hizo famoso en las parroquias de su diócesis por sus charlas espirituales. Pero, a medida que su fama aumentaba, aquel sacerdote se fue convirtiendo en un soberbio petulante.

Eso hizo que varios fieles fueran a pedir al obispo que corrigiese a aquel sacerdote. Y el obispo les dijo:

- Tenéis razón en que ese sacerdote se ha convertido en un engreído. Pero parte de la culpa la tenéis vosotros, porque lleváis años adulándole.

32. EL HERMANITO

En un lugar apartado de las montañas, había un famoso monasterio al que acudía mucha gente para orar y pedir consejo espiritual a las monjas. Un comerciante que estaba agobiado por la carga que le suponía tener que mantener a su familia, decidió acudir a aquel monasterio para orar y hablar con una monja. Los últimos cincuenta kilómetros había que recorrerlos a pie, pues el lugar era tan inhóspito que sólo había un estrecho camino para llegar a él. Por ello, el comerciante llevaba una voluminosa y pesada mochila colgada a sus espaldas, con comida, ropa y otras cosas que él consideraba necesarias.

Cuando el comerciante había recorrido veinte kilómetros, estaba ya muy cansado. Entonces le llamó la atención ver a una niña que tiernamente llevaba en brazos a un niño pequeño, y él le dijo a la niña:

- Vaya, veo que cargas con mucho peso.

Pero la niña le respondió:

- Usted es el que lleva mucho peso sobre sus espaldas. Lo que yo llevo en brazos es a mi hermanito.

Entonces el comerciante le dio gracias a Dios, porque por medio de aquella niña le había dado la lección que él necesitaba.

33. LAS DOS MADRES

En un pueblo situado en medio de la montaña, dos madres salieron por la mañana junto a sus hijos pequeños para buscar comida en el bosque. Una de ellas era muy joven, mientras que la otra era de mediana edad. Cuando llegaron al río, vieron que al otro lado crecían unas succulentas moras. Por ello, decidieron cruzarlo para cogerlas, dejando a sus hijos solos.

Había tantas moras, que cuando acabaron de cogerlas, el río había crecido y les era imposible cruzarlo. Además, estaba anocheciendo. Entonces, la madre más joven dijo:

- No podemos dejar a nuestros hijos en la otra orilla durante la noche, porque los lobos se los comerán.

Sin embargo, la otra madre le respondió:

- Tranquila, nuestros hijos saben qué hacer. Pero si nosotras intentamos cruzar ahora nos ahogaremos. Es mejor ser prudentes y pasar aquí la noche. Lo más seguro es que el nivel del río habrá bajado mañana por la mañana.

Pero la madre más joven no la hizo caso. Se metió en el río, trató de cruzarlo a nado, pero la corriente la arrastró y la otra madre no pudo hacer nada para ayudarla.

Ésta pasó allí la noche y, cuando despertó, el nivel del río había bajado. Rápidamente cruzó el río y encontró a los niños subidos a un árbol. Y juntos fueron a buscar a la otra madre, que había pasado la noche sobre una roca que sobresalía en medio del río.

34. EL BOTÍN

Cuando un grupo de bandidos estaba asaltando una caravana de comerciantes, uno de ellos agarró un saco de monedas y salió corriendo a caballo, pensando en quedarse con aquel botín. Pero el resto de los bandidos le vio y salió tras él para quitárselo. Por más que él intentaba despistarlos no lo conseguía. Subió montañas, cruzo ríos y atravesó densos bosques, pero seguían persiguiéndole, por lo que cada vez estaba más agobiado.

Entonces, cansado de tanta persecución, decidió soltar el saco de monedas y vio cómo sus compañeros lo cogían y se alejaban con él. Y exclamó:

- ¡Ahora soy libre! ¡Qué feliz soy!

35. DOS MONJES MUY DIFERENTES

A un monasterio entraron dos jóvenes al noviciado. Uno provenía de una familia aristocrática y muy rica, y el otro había nacido en una pobre carreta de traperos. Pero una vez que entraron en el monasterio, sus vidas se igualaron. A pesar de eso, el hijo de traperos le echaba en cara continuamente al otro monje la abundancia en la que vivía su familia. Le decía:

- Yo sí que soy un auténtico pobre evangélico, no como tú, que eres un ricachón que lo ha tenido todo en la vida.

El monje de orígenes aristocráticos asumía con paciencia los reproches de su hermano, esperando que algún día fuesen buenos amigos. Pero ese día no llegaba, pues pasaban los años y el hijo de traperos no perdía ocasión para mostrarle su menosprecio.

Un buen día, el abad necesitó enviar a dos monjes a un lejano monasterio para llevar allí un importante documento, y los eligió a ambos, esperando que esa experiencia les ayudase a mejorar su

relación. El viaje debía ser a pie, aunque el abad les dio un poco de dinero para que no tuviesen que mendigar.

Al poco de salir, el hijo de traperos empezó a protestar por tener que caminar tanto, por la mala comida de los mesones, por la incomodidad de las camas de los albergues, por el frío, por la lluvia, es decir, por todo. Sin embargo, el hijo de aristócratas aceptaba los rigores e incomodidades con muy buen talante. Pasada una semana, mientras caminaban bajo una continua y densa lluvia, el hijo de traperos estalló y dijo a su compañero:

- ¡No entiendo por qué, siendo tú un rico consentido, no protestas por las malas condiciones en las que el abad nos ha pedido que hagamos este viaje! ¡Estoy harto de verte sonreír!

Entonces su compañero le dijo:

- Mira, cuando entré en el monasterio tuve que renunciar a las comodidades que tenía en el palacio de mi familia. Y lo hice con sumo gusto, porque es así como se sigue fielmente a Cristo. Y además, he tenido que soportar tus continuas críticas, burlas y menosprecios, lo cual me ha ayudado a ganar fortaleza interior. Por eso estoy encantado con este viaje. En cambio tú, cuando entraste en el monasterio, ¿de verdad lo hiciste por Cristo?

Se hizo un silencio muy incómodo en el que sólo se oía la densa lluvia y los pasos de ambos monjes sobre el suelo encharcado. Cuando llegaron al albergue donde iban a pasar la noche, el hijo de traperos dijo:

- Reconozco que siempre te he tenido envidia, por eso te he atacado continuamente. Pero hoy, con lo que me has dicho, lo he entendido todo. Te pido perdón.

Y su compañero le contestó:

- La humilde confesión que acabas de hacer prueba tu auténtica vocación monástica. Te perdono de todo corazón.

36. LA DISCRECIÓN

Una maestra trataba de explicar a sus novicias qué es la discreción, pero veía que algunas no lograban darse cuenta de lo importante que es esta virtud en la vida comunitaria. Por eso les pidió a todas que se reuniesen con ella en el claustro a la hora de la siesta, cuando el resto de las hermanas estaban retiradas en sus celdas.

Estando en el claustro rodeada por las novicias, la maestra se dirigió a una gran maceta y le dio un empujón. Ésta cayó al suelo, se rompió y se desparramó toda su tierra. Y dijo:

- Hermanas, no recojáis la maceta ni digáis a nadie lo que ha pasado. Vámonos todas a echarnos la siesta. Mañana os explicaré qué es la discreción.

Las novicias se quedaron muy extrañadas, pero obedecieron a su maestra, la cual se metió en su celda y se acostó. Horas más tarde, cuando volvieron a pasar por el claustro, vieron que ya estaba limpio y la planta había sido colocada en otra maceta. Parecía como si no hubiese pasado nada.

Al día siguiente, en clase, la maestra preguntó a las novicias:

- ¿Habéis oído a alguna hermana quejarse de la maceta que quedó rota en el claustro?

Todas negaron con la cabeza. La maestra les hizo otra pregunta:

- ¿Habéis oído a alguna hermana anunciar públicamente que fue ella la que recogió la maceta?

De nuevo, todas dijeron que no. Entonces les dijo la maestra:

- Eso es la discreción.

37. LOS REMORDIMIENTOS TRAS LA GUERRA

Un joven regresó a su pueblo tras haber luchado en una larga y dura guerra, y su familia le recibió con gran alegría. Pero él se mostraba muy triste y decaído. Unas semanas después, el joven fue a hablar con su párroco y le dijo:

- Padre, en la guerra he cometido grandes atrocidades. Me confesé de ellas varias veces, pero no me siento mejor, porque yo creo que Dios no me ha perdonado. Me gustaría confesarme con usted, pero le pido que me imponga una penitencia muy dura, a ver si así Dios me perdona.

El párroco le dijo:

- La primera vez que te confesaste de aquello que hiciste en la guerra, Dios te perdonó totalmente y quedaste plenamente limpio y purificado de todo pecado.

Pero el joven seguía muy apesadumbrado, y dijo:

- Entonces, ¿por qué me siento tan mal?

Y el párroco le contestó:

- Porque tú no te perdonas a ti mismo.

38. EL LUGAR RESERVADO AL REY

Un rey había decidido celebrar un gran banquete para las familias más nobles de su reino. Cuando todos estaban sentados a la mesa, esperando a que llegase el rey, entró en la sala un pobre ermitaño y, con mucho aplomo y determinación, caminó hacia la presidencia y se sentó en el lugar reservado al rey. Todos los invitados se quedaron sorprendidos.

Entonces, uno de ellos, intentando ridiculizar a aquel ermitaño, se levantó de su asiento y en voz muy alta le preguntó:

- ¿Eres acaso un conde?

El ermitaño contestó:

- Soy más que un conde.

Otro invitado, riéndose, le preguntó:

- ¿Eres un consejero del rey?

El ermitaño respondió:

- Soy más que un consejero del rey.

Todos los invitados se reían de él. Y alguien le preguntó:

- ¿Eres acaso el rey?

Y el ermitaño, sin inmutarse ante las risas de los invitados, contestó:

- Soy más que el rey.

Entonces, otro invitado, indignado ante aquella afirmación, le gritó:

- ¡Nadie es más que el rey!

Y el ermitaño respondió:

- Ese soy yo: nadie.

39. EL AGUJERO DE LA CERCA

Una monja eremita que vivía a las afueras de un pueblo, cerca del desierto, vio que estaba rota la cerca de su huerta, por lo que podía meterse cualquier animal. Pero cuando se disponía a repararla, se dio cuenta de que era domingo, por lo que dejó la reparación para el día siguiente.

Ese mismo lunes por la mañana fue a la huerta para hacer la reparación, pero viendo el agujero de la cerca, recordó que el domingo, en lugar de pensar en Dios, estuvo pensando en ese agujero, por lo que decidió dejarlo abierto.

Pasados unos días, una persona vio el agujero de la cerca y le preguntó a la monja por qué no lo había reparado. Y ella le respondió:

- Ese agujero me ayuda a recordar que estoy en manos de Dios.

40. LA FAMILIA DEL PUENTE

Una familia muy pobre vivía debajo de un puente. Cuando regresó el padre de haber estado mendigando durante todo el día, les dijo:

- Hoy he tenido muy mala suerte, porque he ido a mendigar a un barrio en el que antes habían estado robando unos ladrones y nadie tenía nada para darme.

Su hija, para animarle, le dijo:

- Papá, míralo desde el punto de vista positivo: a los que vivimos debajo de un puente, nadie nos roba.

41. EL TARRO DE AZÚCAR

En el noviciado de una congregación de misioneras, la maestra consideró necesario que las novicias saliesen una vez a la semana a realizar una labor social. Pasados varios meses, la maestra fue a hablar con una novicia para ver cómo le iba. Ésta estaba en la cocina haciendo la cena. Y le dijo:

- Me va muy bien, madre. Como ya sabe, estoy yendo a un comedor para personas sin techo que tiene Cáritas en la parroquia. Allí todos me agradecen mucho lo que hago, pues

ayudo en la cocina, hago labores de gestión de pedidos y dialogo con las personas que acuden. Todos dicen que lo hago muy bien y que me estoy haciendo imprescindible. A veces me pregunto qué va a ser de ese comedor cuando yo acabe el noviciado y me trasladen a otra casa.

La maestra entonces cogió un pequeño tarro de azúcar y, con mucha tranquilidad, echó todo su contenido en la sopa que estaba haciendo la novicia. Y ésta exclamó:

- ¡Madre, ha estropeado la sopa con el azúcar!

Y la maestra respondió:

- Y tú has estropeado tu labor caritativa con tu engreimiento.

42. EL CUENCO DEL MONJE

En la antigua Irlanda era normal que los monjes salieran de peregrinación por Europa para tener una experiencia espiritual. Pues bien, había dos monasterios cercanos. Uno era un monasterio rico y el otro era pobre. Y había dos monjes que eran amigos, uno de cada monasterio.

Un día, cuando estaban dando un paseo por los prados, el monje del monasterio pobre le dijo a su amigo:

- ¿Qué te parece si cada uno por separado hacemos una peregrinación por Europa y al regresar hablamos de cómo ha sido nuestra experiencia?

El otro monje le contestó:

- Me parece una idea muy buena, hagámoslo.

Entonces, el monje del monasterio pobre fue a hablar con su abad, le pidió permiso para hacer la peregrinación y éste se lo concedió. Muy feliz, cogió un cuenco y emprendió el camino hacia el puerto más cercano. Tras atravesar el mar y llegar a las costas de

Bretaña, se puso a peregrinar alegre y contento. Cuando tenía hambre, llenaba el cuenco de bayas y se las comía. Si tenía sed, iba a un río, llenaba el cuenco de agua y bebía. Si necesitaba dinero, iba con el cuenco a las casas y la gente le echaba en él unas monedas.

Así estuvo un año. Cuando regresó a su monasterio de Irlanda, en cuanto pudo fue a visitar a su amigo del monasterio rico. Tras saludarle, le dijo que acababa de regresar de su peregrinación por Europa y le preguntó cómo le había ido a él. Éste le contestó con tono de reproche:

- ¿Pero qué dices? ¡Aún no he podido salir! ¡Todavía no he hecho todos los preparativos!

Entonces se giró y le enseñó varios baúles que estaba llenando con cosas que él consideraba necesarias para hacer la peregrinación.

43. EL GRAN LIENZO

Un rey sabio y justo pidió a sus consejeros que idearan algo para evitar que se dejase llevar por la euforia cuando las cosas iban muy bien, o por la tristeza cuando iban muy mal. Pero ninguno conseguía dar con eso que les pedía su monarca.

Entonces el rey llamó al obispo y le planteo la misma cuestión. El obispo se comprometió a tratar sobre este asunto con los sabios de la diócesis. Y así hizo. Pasado un mes, el obispo pidió audiencia al rey y, cuando se la concedió, le llevó un gran lienzo enrollado. Mientras lo desplegaba, el obispo dijo:

- Esto lo han hecho para su majestad las monjas que viven al lado de la catedral.

Cuando el obispo desplegó todo el lienzo, el rey quedó maravillado ante aquella obra de arte y, sobre todo, por lo sabia que era la frase que en ella estaba escrita. Dijo el obispo:

- Las hermanas se han inspirado en el libro del Eclesiastés y en el capítulo 24 del Evangelio según san Mateo. Ellas le

sugieren que cuelgue este lienzo en el salón del trono, para que siempre lo tenga presente.

La frase decía así: «También esto pasará».

44. EL ERMITAÑO APALEADO

A las afueras de una pequeña ciudad vivía un adorable ermitaño. Un día llegó la noticia al alcalde de que aquel ermitaño era insultado y apaleado todos los fines de semana por un grupo de jóvenes del pueblo que se divertía a su costa. Esto enfadó mucho al alcalde, por lo que convocó a todos los concejales y fueron caminando hasta la cabaña del ermitaño. Cuando él salió a recibirles, el alcalde le dijo:

- Hermano, nos hemos enterado de que un grupo de jóvenes se divierte los fines de semana golpeándole e insultándole. No hay más que ver su rostro lleno de moratones y magulladuras para ver que eso es verdad. ¿Cómo es que nunca se ha defendido ni ha pedido ayuda?

El ermitaño contestó así:

- Señor alcalde, mi corazón está lleno de amor. Por eso, reciba lo que reciba, yo siempre respondo con amor. Me es imposible hacer otra cosa.

45. EL JOVEN GUAPO

Dos misioneras iban de camino por una zona montañosa, pues debían asistir a una importante reunión. Un día llegaron a un río y vieron que era muy difícil cruzarlo. La más alta y robusta se veía con fuerzas para hacerlo, pero la más pequeña y delgada no. Entonces llegó a la orilla un joven alto y fuerte, éste se ofreció a llevar en brazos a la hermana más pequeña y ésta aceptó.

Una vez que ya habían cruzado el río, se despidieron del joven y la monja robusta le dijo a su compañera:

- Hermana, dejándote llevar en brazos por ese hombre tan guapo has incumplido el voto de castidad.

Pero ésta repuso:

- Te aseguro que no. Mi única intención era evitar el peligro de ser arrastrada por la corriente. Además, has visto que el joven se ha limitado a tomarme en brazos y a dejarme en la otra orilla. No hay nada pecaminoso en eso.

Las misioneras siguieron su camino y, cuando se disponían a dormir en un albergue, la hermana robusta volvió a echar en cara a su compañera lo que había pasado en el río. Entonces ésta le respondió:

- Hermana, ese joven me llevó en brazos para cruzar el río, pero parece que tú le llevas ahora dentro de tu corazón.

46. LOS TABLONES, EL RAYO Y LOS TÁRTAROS

Un conde decidió regalar a un monasterio varios carros con tablones de madera para que las hermanas pudieran hacer una nueva biblioteca. Entonces las hermanas se llenaron de alegría y la abadesa dijo:

- Hermanas, tranquilas, estamos en manos de Dios.

Pero varios días después cayó un rayo en los tablones, se prendió un gran fuego y todo el monasterio quedó totalmente destruido. Entonces las hermanas se pusieron muy tristes y la abadesa dijo:

- Hermanas, tranquilas, estamos en manos de Dios.

Aquello hizo que toda la comunidad se trasladara a un monasterio que estaba situado en una lejana comarca. Al poco de

instalarse en aquel monasterio, les llegó la noticia de que su antigua comarca había sido invadida por los tártaros y éstos las habían buscado para matarlas a todas. Entonces las hermanas se alegraron mucho de haberse mudado de monasterio y la abadesa dijo:

- Hermanas, tranquilas, estamos en manos de Dios.

47. EL NOVICIO HUMILDE

Un maestro y su novicio fueron enviados a predicar el Evangelio a una comarca muy pobre, cuyos habitantes eran conocidos por su poca cultura y sus costumbres primitivas. Cuando estaban llegando a un pueblo, el maestro decidió dejar que su novicio se adelantase y predicase en aquel pueblo, para ir cogiendo experiencia. Al novicio le pareció que era demasiado para él, pero, por obediencia, aceptó y caminó solo a aquel pueblo.

Al llegar, como era costumbre entre los frailes, buscó al párroco, le comunicó que deseaba predicar en el pueblo, y el párroco, muy contento, tocó la campana para convocar a la gente. Entonces el joven novicio se puso a predicar con gran humildad, pues era muy consciente de que aún le quedaba mucho para ser un gran predicador. El hecho es que, aquella humildad hizo que todos le escucharan con interés y devoción.

De repente, irrumpió en la iglesia el maestro dando grandes zancadas, echó a un lado a su novicio y se puso a predicar con aire petulante y altanero, diciéndoles que él era un gran teólogo, mientras que el joven no era más que un simple novicio. Pero aquello no gustó nada a la gente, por lo que se abalanzaron sobre el maestro y le expulsaron del pueblo. Y después rogaron al joven que siguiera hablándoles.

El joven se excusó públicamente y se fue con su maestro. Cuando ambos se encontraron, el maestro le dijo a su discípulo:

- Acabas de recibir una gran lección: por muy instruida que sea la palabra de un predicador, la gente escucha al humilde con más devoción.

48. LA TIENDA DE SEMILLAS

Una mujer tenía una vida muy desdichada. Por eso, cuando ya estaba metida en la cama por la noche, oró a Dios desesperada para que le ayudase. Y se quedó dormida.

Esa noche soñó que entraba en una tienda en la que había semillas de amor, paz, generosidad, alegría y otras virtudes que ella necesitaba. Metió muchas semillas en una bolsa y fue a la caja para pagarlas. Y le dijo al dependiente:

- ¡Qué bien! ¡Con lo que llevo en esta bolsa, voy a ser muy feliz!

Y el dependiente le dijo:

- Señora, dese cuenta de que está comprando semillas. Si realmente quiere ser feliz, debe dejarlas crecer en su corazón.

Por la mañana, esta mujer se despertó llena de esperanza.

49. EN BUSCA DEL ERMITAÑO

Un rey, deseando aumentar su sabiduría, pensó que sería bueno hablar con la persona más sabia de su reino. Se trataba de un anciano ermitaño que vivía en unas alejadas montañas. Para ello, ordenó al general de su ejército que rápidamente enviase un mensajero que le trajese a dicho ermitaño. Pero al cabo de una semana el mensajero regresó solo, pues no encontró al ermitaño en su cabaña.

Aquello no gustó nada al rey, por lo que habló de nuevo con el general y éste envió a todo un regimiento de caballería para asegurarse de encontrar y traer al ermitaño lo antes posible. Pero al

cabo de dos semanas regresó dicho regimiento sin el ermitaño, pues no lograron encontrarle en toda aquella comarca, y eso que buscaron por todas partes.

Ante tal situación, el rey se dio cuenta de que, si realmente quería hablar con el ermitaño, debía hacer las cosas de otro modo. Por ello, tomó un caballo de las caballerizas y cabalgó lentamente hacia las montañas. Cuando llegó a la cabaña, llamó a la puerta, y como nadie respondió, se sentó junto a ella y esperó sosegadamente. Pasadas varias horas, llegó la noche y se quedó plácidamente dormido. A la mañana siguiente, alguien le tocó levemente el brazo y se despertó. Ante él estaba el anciano ermitaño.

50. EN LO PROFUNDO DEL BOSQUE

Desde hacía muchos años, en un monasterio era obligatorio que todas las hermanas estudiaran al menos cinco años de teología. Por ello tenían una magnífica biblioteca. También se estudiaba música y se potenciaba el arte, en cualquiera de sus ramas. Y todo estaba enfocado al desarrollo de la mística. De hecho, este monasterio era famoso por las grandes autoras místicas que había tenido a lo largo de su historia y se había convertido en el principal centro de difusión espiritual de todo el país. A él acudían muchas personas para recibir cursos, hacer retiros o recibir acompañamiento espiritual.

Pues bien, una novicia había ingresado en el monasterio atraída por la profunda mística que en él se vivía, pero no quería estudiar teología. No entendía por qué había que estudiar para tener una intensa experiencia de Dios. Un día, su maestra la invitó a hacer una excursión por el bosque. Le dijo:

- Vamos a buscar el centro del bosque y ahí nos sentaremos para orar, ¿te parece?

La novicia estaba encantada con la idea. Salieron por la mañana, se metieron en el denso bosque y en él estuvieron caminando durante horas. En un momento dado, la novicia preguntó a la maestra:

- Madre, ¿sabe usted si queda mucho para llegar al centro del bosque?

La maestra se paró y contestó:

- Pues, no sé, hermana, el interior del bosque es un misterio.

Un poco asustada, le dijo la novicia:

- Pero, cómo, ¿no conoce usted el interior del bosque?

La maestra contestó:

- Hermana, es imposible conocer el interior de un bosque tan grande y denso como éste.

Entonces, la novicia, bastante alterada, le dijo:

- ¡Madre, nos hemos perdido! Teníamos que haber cogido un mapa para guiarnos por el interior del bosque, o al menos deberíamos tener alguna indicación de los caminos que podríamos seguir y de los lugares peligrosos que deberíamos evitar. Con todos mis respetos, ha sido una insensatez lo que hemos hecho.

Y la maestra, con mucha dulzura, le dijo:

- En efecto, como bien dices, para entrar dentro del misterio es muy importante tener algún mapa o alguna indicación. De ahí la importancia de saber teología antes de adentrarse en el misterio de la experiencia mística.

51. LA PUERTA ESTRECHA

Había una reina muy sabia que amaba mucho a su pueblo, y pensó que debía hacerle un gran regalo. Se dijo: «No es justo que yo viva en un gran palacio mientras que mi pueblo vive en simples casas». Así que durante cinco años edificó el palacio más grande y lujoso nunca visto. Tenía bellos salones, habitaciones confortables y jardines paradisiacos con toda clase de aves y plantas.

Pero para poder entrar, la reina puso una condición: era necesario hacerlo sin nada, pues no hacía falta nada para ser feliz en el palacio. Había que limitarse a vivir, sin nada, en aquel lugar.

Por ello, puso una puerta muy estrecha. El día de la inauguración del palacio, sus súbditos hicieron una gran cola. Todos estaban esperando para entrar, impacientes. Pero cuando llegaban a la puerta tenían que dar media vuelta, pues no cabían, ya que todos llevaban algo consigo y no querían desprenderse de ello. Algunos hacían mucha fuerza para entrar. Pero ni así podían pasar. Y poco a poco todos fueron regresando a sus casas sin haber podido entrar en el palacio.

Pero hubo algunos que sí pudieron hacerlo. Eran los pobres del reino. Como no tenían nada, no tuvieron dificultad para entrar en el gran palacio. Y allí vivieron el resto de su vida, disfrutando de aquel paraíso.

52. LAS RAMITAS ROTAS

En un monasterio, el maestro les dijo a sus novicios:

- Salid a la huerta, coged una ramita y, donde nadie os vea, la partís, y mañana me la traéis.

Los novicios se fueron corriendo a la huerta a buscar una ramita. Al día siguiente, el maestro les pidió que le enseñaran la ramita que habían partido. Pero vio que uno no la traía. Cuando le preguntó el motivo, este novicio le dijo:

- Padre maestro, cuando salí a la huerta encontré una ramita, pero por más que me escondía, siempre sentía que Dios estaba conmigo y me veía. Por eso no la partí.

Entonces el maestro le preguntó a otro novicio:

- ¿Qué significa lo que nos ha dicho nuestro hermano?

Y éste contestó:

- Significa que el resto de los novicios debemos pedir perdón a Dios.

53. EL DESPACHO DE CÁRITAS

Una joven rezaba insistentemente a Dios para que la permitiese alcanzar la perfección espiritual, pues deseaba ser auténticamente feliz. Pero Dios no se lo concedía. A pesar de eso, aquella joven no desfallecía y seguía orando por ello. También leía libros de espiritualidad, asistía a cursos de oración y a grupos de meditación. Pero Dios seguía sin concederle su deseo.

Pasados varios años en los que ella no dejó de rogar a Dios, decidió acudir a la parroquia para hablar con el párroco. Cuando le contó su problema, éste la animó a colaborar en el despacho de Cáritas para atender a las personas más pobres y vulnerables del barrio. Como ella no entendía cómo podría eso ayudarla, el párroco le dijo:

- Hazme caso, colaborar con Cáritas te ayudará mucho, porque te olvidarás un poco de ti misma y te centrarás en otras personas.

Aunque no estaba muy convencida, la joven accedió. A pesar de que aquello no parecía ayudarla interiormente, fue tomando cada vez más simpatía por las personas necesitadas y eso la animó a continuar. Pasado un tiempo, se implicó tanto en aquella labor caritativa, que dejó de rezar a Dios para que le concediese la perfección espiritual y centró su oración en pedir por los más pobres.

Fue entonces cuando la joven alcanzó la perfección espiritual.

54. EL TAZÓN DE LECHE

Una novicia se quejaba a su maestra de que no era capaz de disfrutar de la oración cuando oraba con la comunidad, ni cuando

estaba en su celda, ni cuando lo hacía mientras barría el claustro. Estaba totalmente bloqueada. Entonces la maestra le dijo:

- Hermana, vete a la cocina, llena un tazón con leche, ponle mucha azúcar y se lo llevas a la hermana que está enferma.

La novicia salió hacer lo que le pidió su maestra. Un cuarto de hora después regresó y dijo:

- Madre, ha sucedido algo muy extraño: a la hermana enferma le ha sabido amargo el tazón de leche, y eso que le eché varias cucharadas de azúcar.

Entonces le dijo la maestra:

- Eso mismo te está ocurriendo a ti: como estás pasando por una crisis espiritual, cualquier modo de orar te sabe amargo.

55. LAS FRESAS CON MIEL

Un ermitaño estaba orando en su cabaña cuando alguien llamó a la puerta. Se trataba de un robusto hombre de mediana edad. El ermitaño le hizo pasar, le pidió que se sentase a su lado y le preguntó qué deseaba. Entonces aquel hombre le contó lo siguiente:

- Hace medio año murió nuestro hijo mayor en la guerra y desde entonces mi esposa ha dejado de ser la que era. Ya no es alegre y agradable como antes, sino que se irrita por todo y pasa horas llorando. Y cada vez que la pido que se calme, ella se enfada aún más. Nuestro hogar se ha convertido en un infierno. Por eso me pregunto si conoce usted algún tipo de medicina o de brebaje que yo le pueda dar a ella para que vuelva a ser la de antes.

Entonces el ermitaño se rascó la barbilla y le dijo:

- Sí, conozco un tratamiento infalible, pero para elaborarlo necesito que usted me traiga una pestaña de una osa viva. Si la mata para arrancársela, el tratamiento no funciona.

Aquel señor se quedó sorprendido, pero viendo la seguridad con la que le habló el ermitaño, salió de la cabaña dispuesto a conseguir aquella pestaña de osa. Y así, al día siguiente se metió en el bosque para buscar. Al cabo de una semana encontró una cueva donde habitaba una gran osa y, desde entonces, todas las noches fue dejando en la entrada de la cueva un cuenco lleno de ricas fresas con miel para que la osa lo comiese. Y la osa se lo comía. Poco a poco, él pudo ir acercándose a ella y, pasado un mes, logró que la osa le dejase sentarse a su lado para acariciarla. Entonces, con mucho mimo y ternura, él la arrancó una pestaña y ella no se enfadó. Al día siguiente, muy contento, aquel hombre fue a la cabaña del ermitaño y le dijo:

- Aquí tiene usted la pestaña de osa que necesitaba para el tratamiento.

Entonces el ermitaño le preguntó cómo la había conseguido. Y aquel señor le contó cómo encontró la cueva, cómo se fue ganando la confianza de la osa con las fresas y la miel, y le habló de la inmensa paciencia y ternura que tuvo con ella hasta que le dejó arrancarle la pestaña. Y volvió a pedir al ermitaño que le diera el tratamiento. Y éste le dijo:

- Estimable señor, me acaba de decir usted mismo el tratamiento: intente ganarse la confianza de su esposa como lo ha hecho con la osa y verá cómo cambia su carácter.

56. EL HALCÓN Y LA RAMA

Un rey estaba muy orgulloso de sus halcones. Un día le regalaron un polluelo que era hijo del mejor halcón del mundo, pues éste había logrado todos los premios de caza. El rey pidió que se tuviera un cuidado muy especial con aquel polluelo, de tal forma que se le puso sobre una hermosa rama y allí se le alimentaba.

Cuando creció y ya era el momento de comenzar a practicar la caza, vieron que aquel halcón seguía sin querer moverse de la rama. Entonces el rey llamó a los mejores especialistas, pero ninguno lograba que aquel halcón volase.

Estando así las cosas, llegó a la ciudad la priora del más importante monasterio del reino y fue a saludar al rey. Éste estaba tan preocupado con el halcón, que llevó a la priora a verlo y le explicó el problema que tenía con él. Entonces la priora le dijo:

- Su majestad, este problema lo he visto yo a veces en algunas hermanas de mi comunidad. Si vos me dejáis un serrucho, el problema del halcón lo soluciono en un momento.

El rey hizo que le dieran un serrucho, la priora trepó al árbol donde estaba posado el halcón, cortó la rama y el halcón emprendió el vuelo. Entonces le dijo la priora:

- El halcón estaba tan aferrado a esa rama, que no podía volar.

57. LA LARGA ESPERA

Un joven noble se enamoró locamente de la hija de un consejero del rey, pues era la mujer más bella e inteligente que jamás había conocido. Cuando él le expresó lo mucho que la amaba y le pidió que se casase con él, ésta le dijo:

- Si quieres que me case contigo, debes ser capaz de aguardar en frente de la puerta de mi casa durante cien días. En ese tiempo no puedes moverte de ahí ni puedes pedir a nadie que te haga compañía. Si pasas esa prueba, serás digno de que me case contigo.

Entonces el joven cogió de la despensa de su palacio los alimentos necesarios para cien días, tomó una pequeña tienda de campaña y se puso a esperar delante de la casa de su amada.

Aquel era un lugar muy hermoso. Había un río rodeado de árboles y los pájaros cantaban bellísimas melodías. En torno a su tienda de campaña había flores que exhalaban una suave fragancia. Y de vez en cuando corría una brisa muy agradable. A medida que iba pasando el tiempo, el joven estaba cada vez más a gusto de estar a solas en medio de la naturaleza, contemplando en ella a su Creador.

Y así, cuando llevaba noventa y nueve días esperando para casarse con la hija del consejero del rey, se dio cuenta de que amaba mucho más a Dios que a ella. Por eso, recogió la tienda de campaña y, muy feliz, se dirigió al monasterio más cercano.

58. LA PEQUEÑA MONEDA

Un comerciante caminaba junto a un fraile por el centro de la ciudad e iban conversando. En un momento dado, el fraile le dijo:

- Incluso aquí, en medio del bullicio del mercado, podemos contemplar a Dios.

Al comerciante le llamó la atención esa afirmación, por lo que dijo:

- ¿Cómo puede ser eso, si la gente nos apretuja y las tenderas gritan a pleno pulmón?

Y el fraile le respondió:

- Sí, pero también se oye el piar de unas crías de gorrión, y su belleza nos permite contemplar la belleza de Dios.

El comerciante le dijo:

- Yo no oigo a ningún pájaro.

Entonces el fraile, haciéndose el despistado, dejó caer una pequeña moneda al suelo y el comerciante rápidamente se agachó y, metiendo su largo brazo entre los pies de la gente, logró atraparla, se la devolvió al fraile y le dijo:

- Pero bueno, ¿no se ha dado usted cuenta de que se le había caído esta moneda?

Y le dijo el fraile:

- Ciertamente, nuestros sentidos están atentos a lo que más deseamos.

59. LA ROSA MÁS BELLA

El elemento más importante del Evangelio es el amor. Por eso era fundamental para una maestra explicar a sus novicias esa virtud. Así que un día les dijo a las novicias que se preparasen, porque iban a hacer una pequeña excursión. Cuando todas estaban preparadas, les hizo ir a un ala del claustro donde había muchas rosas plantadas en macetas, para que escogiesen la más bella y fragante de todas. La maestra la tomó cuidadosamente y la llevó a la excursión.

Ésta consistió en ascender un montículo que estaba cerca del monasterio. Cuando llegaron a la cima, tras descansar unos minutos, la maestra cavó un pequeño hoyo en lo más alto del montículo y en él plantó la rosa. Y preguntó:

- Hermanas, cuando nos vayamos y se quede sola esta rosa, ¿seguirá exhalando una suave fragancia?

Las novicias respondieron afirmativamente. Preguntó después la maestra:

- Hermanas, cuando nadie contemple a esta rosa, ¿seguirá siendo bella?

Las novicias de nuevo contestaron que sí. Y dijo la maestra:

- Pues así es el verdadero amor, es bello aunque no haya nadie para contemplarlo, es fragante aunque no haya nadie para olerlo.

60. EL SABIO CONSEJERO

Vivía en la corte un sabio consejero del rey. Gracias a lo bien que había desempeñado su labor durante muchos años, el rey le regaló tierras y una gran cantidad de dinero. Entonces el consejero se retiró a vivir con su esposa.

Pero todos sus amigos y conocidos se llevaron una gran sorpresa cuando vieron que aquel hombre, al que tenían por sabio, vendió buena parte de las tierras que le había dado el rey y, con el dinero que amasó, compró una pequeña casa de campo para vivir con su esposa, envió a sus hijos a estudiar a las mejores universidades y la mayor parte lo donó al orfanato que tenían unas monjas. Por eso, sus amigos, indignados, fueron a su casa y le dijeron:

- No entendemos lo que estás haciendo. ¿Qué herencia les va a quedar a tus hijos? Has dilapidado todo tu dinero.

Él, sosegadamente, contestó:

- Mi esposa y yo consideramos que la mejor herencia que podemos dejar a nuestros hijos no es el dinero, sino una buena educación y un buen ejemplo.

61. EL CABALLERO ESCLAVO

Un fraile iba de camino hacia su convento, cuando se topó con un caballero que estaba llorando. Obviamente, eso llamó mucho la atención al fraile y le preguntó al caballero qué le pasaba. Éste le dijo:

- Hermano, resulta que estoy enamorado de una bella mujer, pero ella prefirió casarse con un noble. Entonces, para superar la tristeza, me he aficionado tanto a beber vino, que he caído en el alcoholismo. Y eso ha hecho que mi señor me haya expulsado de su castillo. Así que, hermano, aquí me tiene. Más bajo no he podido caer.

Entonces el fraile le dijo:

- En el fondo, señor, usted se ha convertido en un esclavo de esa mujer, del vino y del castillo de su señor. Y nadie es feliz siendo esclavo.

El caballero le preguntó al fraile:

- Y usted, hermano, ¿me podría liberar?

Y le contestó el fraile:

- Sí, si se viene conmigo a mi convento.

El caballero accedió a la invitación. Cuando llegaron al convento, el fraile habló con su prior y éste permitió al caballero instalarse en la hospedería, con la condición de que aquel fraile se ocupase de él. Y así hizo. Desde entonces aquel caballero asistía a la oración comunitaria de los frailes, comía con ellos y ayudaba a los que trabajaban en la huerta. Y todos los días el fraile fue enseñando al caballero a orar, gracias a lo cual éste se iba uniendo cada vez con más fuerza a Dios en su interior. Hasta que un día el caballero le dijo al fraile:

- Hermano, creo que ya soy libre. Estoy tan unido a Dios, que ya no siento ninguna atracción por la bella mujer de la que me enamoré, ni por el vino, ni por el castillo de mi señor. ¿Qué hago ahora?

El fraile le dijo:

- Ahora que usted es libre, deje que Dios le guíe por el buen camino.

62. LA AGUJA PERDIDA

En un monasterio había una joven monja que se sentía muy infeliz. Hiciese lo que hiciese, nunca estaba contenta. Por ello, varias veces su priora le permitió cambiar de oficio, para que hiciera lo que más le gustase, pero seguía estando insatisfecha. También le permitió cambiar de celda, para que estuviese más cómoda, pero eso tampoco funcionó.

Su priora estaba muy preocupada, pues sabía que aquella monja estaba realmente llamada a la vida contemplativa, pero no lograba ayudarla a ser feliz. Tras mucho meditar, la priora se dio cuenta de cuál era el problema. Entonces fue a la celda de la monja y le dijo:

- Hermana, por favor, acompáñame al claustro para buscar una aguja que se me ha caído.

Le dijo la monja:

- Pero, ¿cómo es que se le ha caído una aguja en el claustro?

Y la priora, mirándola con cariño, le respondió:

- Bueno, en realidad se me ha caído dentro de mi celda, pero me resulta más fácil y agradable buscarla fuera, en el claustro.

Entonces la monja se quedó callada y, meditando lo que su priora quería decirle, comprendió que si realmente deseaba ser feliz, tendría que dejar de buscar «fuera» el origen de su desdicha.

63. EL BOSQUECITO

Un obispo que tenía fama de ser un hombre muy sabio, iba dando un paseo por una de las zonas más pobres y alejadas de su diócesis, y se acercó a una choza en la que los niños estaban sucios y desnutridos. Al llegar, la madre le invitó a entrar en la choza y le sirvió café en una taza vieja y descolorida, y su esposo encendió una vela. Cuando el obispo les preguntó de qué vivían, el esposo le dijo:

- Nosotros vivimos gracias al bosquecito que está pegado a nuestra casa. Ha pertenecido a mi familia desde hace muchos años. Y siguiendo la tradición familiar, de nuestro bosquecito sacamos leña, setas y moras, y también recolectamos algunas plantas medicinales. Todo eso lo vendemos en el mercado del pueblo, y así vamos tirando.

El obispo escuchó todo aquello con gran preocupación. Cuando ya se estaba despidiendo, les dijo a la mujer y a su esposo algo que les dejó muy sorprendidos:

- Si de verdad desean que su familia sea feliz, deben quemar su bosquecito. Les aseguro que si lo destruyen, su vida se transformará.

Pasados cinco años, el obispo tuvo que ir de nuevo a aquella apartada zona y no pudo resistir las ganas de saber qué fue de aquella familia que vivía en una choza. Según se iba acercando, vio que el bosquecito había desaparecido, pero estaba rebrotando con fuerza. También observó que ahora había un chalé rodeado por un jardín.

Pronto pudo reconocer a la mujer que le atendió en la anterior visita, pero la vio mucho mejor vestida y arreglada. En ese momento llegó un todoterreno a la casa y de él se bajó el esposo. Entonces le invitaron a entrar en su casa y se sentaron en una bonita sala de estar. Cuando el obispo les preguntó qué había pasado, el esposo le dijo:

- Monseñor, si bien recuerda, nos sugirió que quemáramos el bosquecito del que vivía nuestra familia. Tras hablar y discutir sobre ello durante una semana, al final decidimos que, ya que lo había dicho un hombre sabio, sería bueno hacerle caso, y así lo hicimos. Cuando nuestro bosquecito quedó calcinado, nos vimos obligados a buscar trabajo en la ciudad. A mí me contrataron en la fábrica y a mi esposa en una floristería. Y así, en poco tiempo, de vivir en la miseria pasamos a vivir holgadamente.

Y dijo la mujer:

- Bendito fuego.

64. EL FABRICANTE DE ESTERILLAS

En las afueras de un pueblo vivía un anciano ermitaño que se dedicaba a hacer esterillas. Lo poco que sacaba por ellas le valía para comprar el pan con el que se alimentaba. Un día se le acercó un joven y le dijo:

- Hermano, he oído que hay un gran maestro espiritual que domina perfectamente la oración de recogimiento. Me gustaría que él me enseñase a practicar esa oración, para así alcanzar la perfección espiritual. ¿Sabe usted quién es?

El ermitaño le respondió:

- A mí también me gustaría conocer a alguien que me guiase espiritualmente, pero aquí me tienes, haciendo esterillas.

Entonces el joven salió en busca de ese gran maestro espiritual. Recorrió todo el país e incluso visitó reinos vecinos. Afortunadamente, su indagación iba teniendo fruto, pues fue recopilando datos que le iban acercando al paradero de aquel gran maestro. Pasados tres años, logró el dato que le faltaba y se dirigió hacia aquel lugar. Cuando llegó, se llevó una sorpresa, pues se trataba de la cabaña del fabricante de esterillas. Cuando le vio, le dijo:

- Hermano, hace tres años vine a hablar con usted para decirle que estaba buscando al gran maestro espiritual que domina la oración de recogimiento: ¿Por qué no me dijo que usted era ese maestro?

Y le respondió:

- No hubiese servido de nada, pues tú me veías como un simple fabricante de esterillas.

65. LA MEMORIA DEL NOVICIO

En un monasterio, un maestro les dijo a sus novicios:

- Os pase lo que os pase, nunca os enfadéis. Os lo repito, os pase lo que os pase, nunca os enfadéis. Id ahora a meditarlo.

Al día siguiente, le preguntó a uno de sus novicios qué había dicho el día anterior. Pero este novicio no se acordaba. Entonces el maestro le pidió que se acercara y, de repente, le dio un manotazo en el brazo al novicio. Éste reaccionó con mucha calma y, sonriendo, dijo:

- Ahora me acuerdo, maestro, ayer nos dijo que, nos pase lo que nos pase, nunca nos enfademos.

Y dijo el maestro al resto de novicios:

- Id ahora a meditar la lección que nos ha dado este hermano nuestro.

66. LA POBRE ANCIANA

Un hombre que iba caminando a su trabajo, vio a una anciana que estaba sentada en la acera, con la ropa sucia y un aspecto muy desmejorado. El hombre se apiadó de ella, la tomó en brazos y decidió llevarla a un hospital. Cuando estaban a punto de llegar, aquella anciana le pidió que antes la llevara a una capilla cercana. Cuando entraron, la anciana se transformó en un ángel y le dijo:

- Como has sido bueno con una persona necesitada, te voy a conceder tres deseos. ¿Qué es lo primero que deseas que te dé?

El hombre se quedó pensando y le dijo:

- Primero deseo que me des sabiduría, porque así podré escoger después aquello que me haga más feliz.

El ángel se lo concedió. Y le preguntó:

- ¿Cuál es tu segundo deseo?

Entonces el hombre le dijo:

- Ahora que soy sabio, veo que no necesito nada más.

67. LOS SACOS DE HARINA

En un monasterio se repartían todos los días sacos de harina a las familias más pobres de la comarca. Un día, mientras la hermana

portera repartía los sacos equitativamente, teniendo en cuenta el número de miembros de cada familia, un desconocido comenzó a coger puñados de harina de otros sacos para echarlos en el suyo. Entonces la hermana portera le llamó la atención y él se escuchó diciendo:

- Hermana, es que estoy loco.

La hermana portera le preguntó:

- ¿Y por qué no echa usted puñados de su saco en los sacos de los demás?

Le respondió el señor:

- Hermana, estoy loco, pero no soy idiota.

Y le dijo la hermana portera:

- Pues entonces debería saber que las personas inteligentes respetan las propiedades de los demás, y más aún cuando esas personas son pobres. Le ruego que devuelva inmediatamente la harina que ha cogido de otros sacos.

Y entonces el loco, juiciosamente, devolvió la harina.

68. EL AYUDANTE DEL ESCRITOR

Un obispo quería conocer a un monje eremita cuyos escritos espirituales se habían hecho muy famosos. Este monje vivía al lado de un oasis, en medio del desierto. Tras un largo y difícil viaje, cuando llegó el obispo a la cabaña del monje, se encontró con un hombre delgado haciendo una zanja para regar la huerta. El obispo le saludó, pensando que era el famoso monje, pero éste le dijo:

- No monseñor, yo sólo soy su ayudante. Simplemente me ocupo de tener limpia la cabaña, cuido de las cabras y las ordeño, hago queso, reparo el tejado y la cerca, cultivo la huerta, voy al pueblo más cercano para intercambiar

hortalizas y queso por hogazas de pan, procuro tener siempre agua fresca dentro de la cabaña y me ocupo de los huéspedes que vienen a visitar al maestro.

Entonces el obispo le preguntó:

- ¿Y qué hace tu maestro?

Aquel hombre, pausadamente, le respondió:

- Bueno, él hace lo verdaderamente importante: él se dedica a escribir. Y no se le puede interrumpir hasta llegada la noche.

El obispo estuvo todo el día hablando con aquel bondadoso hombre y ayudándole en sus tareas. Cuando se estaba haciendo de noche y quedaba poco para poder hablar con el maestro, el obispo le dijo:

- Estimado hermano, ha sido para mí un honor conocerte. Me despido de ti, pues voy a emprender ahora mismo el viaje de regreso.

Entonces aquel hermano le dijo:

- Pero monseñor, ¿no va a hablar con el maestro?

Y le contestó el obispo:

- No necesito hablar con un escritor, hay muchos en mi ciudad.

69. LA TRAVESÍA EN BARCO

Un fraile misionero se embarcó para emprender una larga travesía. Por desgracia, a mitad de la singladura se paró el viento y la embarcación quedó inmóvil en medio del océano. Ello provocó que parte de la tripulación, para divertirse, tomara al misionero como objeto de sus bromas. Sin embargo, éste llevaba muy mal aquellas bromas, y continuamente le rogaba a Dios que soplara el viento, para que le dejaran tranquilo. Pero el viento no soplabo y, a medida que

iban pasando los días, las bromas fueron siendo cada vez más frecuentes y más pesadas.

Una noche, el misionero estaba tan harto de aquella situación, que sintió el deseo de pedir a Dios que enviara una tormenta que hundiera el barco. Prefería morir a seguir con ese padecimiento inútil. Pero, tras pensarlo mejor, se arrepintió de ese deseo y le pidió a Dios que le diera paciencia.

Y entonces comenzó a soplar el viento.

70. LA PESADILLA DE LA ENFERMA

Una monja cayó gravemente enferma y, a pesar de que el médico de la comunidad intentaba sanarla, esta hermana seguía en un estado muy crítico. Eso la tenía a ella tan preocupada que una noche tuvo una horrible pesadilla. Al día siguiente pidió que fuera a verla la abadesa y le dijo:

- Madre, esta noche soñé que caía un rayo en el monasterio y después éste ardía, quedando completamente destruido. Yo creo que es un presagio de que la enfermedad que padezco pronto acabará conmigo. ¿Qué opina usted?

La abadesa le contestó:

- No hermana, todo lo contrario, fíjate que el rayo de tu pesadilla vino del cielo y, por tanto, simboliza algo bueno que te envía Dios. Yo creo que el sueño te está pidiendo que te pongas en manos de Dios, porque así Él destruirá completamente tu enfermedad.

Aquello dejó muy consolada a la hermana enferma y, en efecto, se puso en manos de Dios, confiando en que Él la sanaría. Y sanó.

Entonces, pasados unos días, cuando toda la comunidad sabía lo que había pasado, una joven hermana, admirada, le dijo a la abadesa:

- Madre, sabía que usted era muy sabia, pero no tanto como para interpretar los sueños.

Y la abadesa le respondió:

- Hermana, yo no sé nada de sueños, ni creo que éstos determinen nuestro futuro, pero la hermana enferma necesitaba que alguien la ayudase y yo la hice ver que podía contar con la ayuda de Dios.

71. EL JOVEN LEÑADOR

Un joven leñador se dirigió hacia un recóndito valle y allí se encontró con un escuálido ermitaño que vivía en una cabaña. Éste invitó al joven a entrar en ella y, durante la conversación, le comentó que había alcanzado la unión con Dios haciendo grandes ayunos.

Cuando el joven leñador regresó a su casa, decidió hacer grandes ayunos para lograr él también la unión con Dios. Pero pasadas unas semanas, lo único que consiguió fue ponerse muy débil, de tal forma que le era imposible ir a cortar madera al bosque.

Ante esa situación, decidió ir a la ciudad para comprar alimentos. Pero yendo de camino se encontró con otro ermitaño y vio que éste estaba bastante gordo. Por eso le preguntó cómo había alcanzado la unión con Dios. Y aquel ermitaño le dijo que él lo había logrado durmiendo muy poco, pues pasaba las noches orando.

Tras comprar los alimentos, el joven leñador dejó de ayunar, pero también dejó de dormir, buscando alcanzar la unión con Dios. El resultado fue que, después de unos días, su dolor de cabeza era tal, que tuvo que echarse a dormir. Tras varios días metido en la cama, aquel joven recapacitó y vio que no había logrado ninguna experiencia mística ayunando ni dejando de dormir.

Entonces decidió consultar al párroco. Cuando estuvo en su despacho, le contó todo lo que le había pasado y le preguntó qué debía hacer. Entonces su párroco le dijo:

- Hasta ahora has seguido el camino que Dios ha marcado a otras personas. Va siendo hora de que sigas el camino que tiene reservado para ti.

72. EL PERRO DEL HERMANO PASTOR

En un monasterio, el hermano pastor era muy apreciado por su gran sabiduría y profundidad espiritual. Entonces, estando la comunidad reunida en Capítulo, el abad le dijo:

- Hermano pastor, sabemos que nunca has asistido a cursos de teología. Sin embargo, estamos asombrados ante tus grandes conocimientos del alma humana. Por favor, dinos quién te los enseñó.

Entonces el hermano pastor dijo:

- Hermanos, me da vergüenza decirlo, pero quien me enseñó fue el perro.

Obviamente, se formó un gran revuelo entre los monjes, pues nadie entendía lo que acababa de decir. Por eso, el abad le pidió que lo explicase. Y así lo hizo:

- Cuando el perro que me ayuda a llevar las ovejas era un cachorro, resulta que no quería beber agua del estanque, porque, al ver su cara reflejada en él, se asustaba. Pero cuando creció, se dio cuenta de que no era más que un reflejo que desaparecía cuando zambullía su cara para beber. Y descubrí que a mí me pasaba lo mismo: cuando quería beber del Espíritu Santo que hay en mi corazón, me veía a mí mismo reflejado en Él, con mis pecados, imperfecciones e incoherencias, y no me atrevía a beber. Pero el perro me enseñó a tener valor para enfrentarme a mis oscuridades y así descubrí que, al hacerlo, éstas desaparecían y podía beber del Espíritu Santo.

73. UNA APARICIÓN EN LA HUERTA

En un monasterio, una novicia estaba leyendo un libro en la huerta. De repente se le apareció un extraño ser y éste se sentó a su lado y la sonrió. Entonces la novicia, asustada, le dijo:

- ¡Vete de aquí, Satanás!

Y aquel ser se desvaneció rápidamente. La hermana hortelana, que había estado viendo toda la escena, se acercó a la novicia y le dijo:

- Hermana, he visto que has expulsado a ese ser tan raro.

La novicia le dijo:

- Así es, debemos rechazar el mal.

La hortelana le preguntó:

- ¿Crees entonces que lo extraño es malo?

La novicia afirmó con la cabeza y la hortelana le dijo:

- Mejor harías si contemplases la realidad con el corazón y no con tus prejuicios. Ese ser que has expulsado no era un demonio, sino un ángel que de vez en cuando baja a la huerta para hablar conmigo.

La novicia puso cara de sorprendida y entonces la hortelana le preguntó:

- Si el mismo Jesús se presentase ante ti, ¿crees tú que lo haría en forma de alguien guapo y apuesto?, ¿piensas que sería alto y fuerte o, más bien, sería alguien bajito y endeble?, ¿tendría una tez pálida o una tez morena?, ¿olería a perfume o a sudor?

74. EL BARBERO DE COMPOSTELA

Cuentan que un obispo tomó la decisión de peregrinar a Santiago de Compostela. Para ello, se vistió con una holgada túnica, se ciñó un cinturón de cuero, metió en una pequeña mochila lo imprescindible, agarró un callado y se puso a caminar. Pasado un mes, llegó a Santiago. Pero su aspecto físico no era el adecuado para celebrar la Misa del Peregrino en la catedral, por lo que decidió ir a una barbería para que le afeitasen la copiosa barba que había ido poblando su cara durante la peregrinación.

Caminando por las calles de aquella bella ciudad, encontró una barbería y entró en ella. Entonces el barbero, viendo que aquel que había entrado era un pobre peregrino, le sentó inmediatamente, le afeitó, le cortó el pelo y no le cobró nada. El obispo salió de aquella barbería muy sorprendido por el buen servicio que había recibido. Y pensó que aquello tenía que compensarlo de alguna manera. Así que, tras celebrar la Misa del Peregrino, se puso a mendigar dinero por las calles, de tal forma que, llegada la tarde, había juntado un pequeño saco de monedas. Muy satisfecho, se fue con él a la barbería, entró y le dijo al barbero:

- Estimado señor barbero, soy aquel peregrino al que usted afeitó y cortó el pelo por la mañana.

El barbero, metiendo las tijeras en un bolsillo, le respondió:

- Sí, le recuerdo perfectamente, cuénteme, ¿desea alguna cosa?

El obispo, emocionado, le dijo:

- He venido para decirle que soy un obispo y que le estoy muy agradecido por el buen trato que me dispensó esta mañana. Por ello, le quiero compensar con este saco de monedas.

Entonces el barbero le contestó:

- Pero monseñor, siendo usted obispo, debería saber que la caridad no se paga, es gratuita.

75. EN BUSCA DE LA VIDA CONTEMPLATIVA

Un joven se sintió llamado por Dios a la vida contemplativa. Cuando preguntó a su obispo, éste le dijo que en el desierto de Egipto había muchos monjes eremitas que podrían ayudarlo. Entonces este joven emprendió el camino hacia aquel lejano país. Tras caminar durante dos meses, cruzó en barco el mar Mediterráneo, ascendió por el río Nilo y desembarcó en un pequeño puerto.

Tras varios días caminando por dunas, comiendo dátiles y bebiendo agua en oasis, encontró en una cabaña a un anciano monje eremita. Con mucho cuidado entró en la cabaña y el monje le invitó a que se sentara en frente de él, sobre una pequeña estera. Tras rezar con él el Padrenuestro, el monje le dijo:

- Dime, joven, ¿qué deseas de mí?

El joven, con el corazón lleno de emoción porque iba a poder escuchar la sabiduría de un gran místico, le dijo:

- Maestro, deseo que me enseñe el camino de la contemplación. Quiero ser su discípulo.

El monje le dijo:

- Para seguir el camino de la contemplación no necesitas ser mi discípulo, ni siquiera es preciso que vivas en el desierto. Regresa a tu casa, vence a las tentaciones y busca el Tesoro que llevas en tu corazón.

76. LA MANZANA DE LA MAESTRA

En un monasterio, la maestra de novicias tenía la costumbre de acabar sus clases contando una parábola para que sus novicias meditaran qué es lo que Dios les decía por medio de ella. Pero un día, una novicia se quejó de que algunas parábolas eran difíciles de comprender, por lo que le rogó que les explicase qué es lo que Dios

decía por medio de ellas. Entonces la maestra sacó de un cajón una manzana y le preguntó:

- ¿La quieres?

La novicia sonrió y dijo:

- Sí, madre maestra, tengo un poco de hambre.

Le preguntó la maestra:

- ¿Quieres que te la pele?

La novicia respondió con una gran sonrisa:

- Sí, por favor.

La maestra se la peló y después le preguntó:

- ¿Y quieres que te la parta?

Contestó la novicia:

- Se lo agradecería, madre maestra.

Tras partir en varios trozos la manzana, le preguntó:

- ¿También quieres que te la mastique?

Entonces, la novicia y el resto de sus hermanas exclamaron:

- ¡No, de ningún modo! ¡Cada una mastica su propia manzana!

Así que la maestra aprovechó esta reacción para decirles a las novicias:

- Eso es lo que pasa con las parábolas que yo os cuento. Son para que meditéis lo que Dios os dice personalmente por medio de ellas a cada una de vosotras. Si yo os las explicase, es como si os las diese masticadas.

77. EL COMERCIANTE Y LA ERMITAÑA

Un comerciante consiguió una enorme fortuna gracias a que supo consultar a los mejores expertos y se rodeó de buenos profesionales. Pero un día empezó a sentir una tristeza interior que no era capaz de entender y, lo peor de todo, iba creciendo cada vez más. Por eso buscó a la que, según se decía, era la mayor experta en cuestiones espirituales. Se trataba de una ermitaña que vivía en una pequeña cabaña pegada a las murallas de la ciudad. Y le pidió que fuera a su palacio.

Cuando el comerciante le contó a la ermitaña lo que le pasaba, ésta le dijo que era esclavo de sus posesiones y eso le impedía ser feliz. Como el comerciante no lo entendía, la ermitaña se lo explicó:

- Tiene usted que quedarse sin nada. Sólo así podrá recuperar la paz interior.

Ya que lo decía la mayor experta, el comerciante le hizo caso y se desprendió de todas sus posesiones, regalándoselas a sus familiares y a sus mejores empleados. Entonces le dijo la ermitaña:

- Aún tiene que desprenderse de una cosa muy importante: el palacio.

Aquello le dolió mucho al comerciante, pero, como lo decía la ermitaña, decidió regalar el palacio a un sobrino suyo. Una vez que ambos firmaron las escrituras de traspaso de la propiedad, su sobrino le echó del palacio.

Entonces aquel hombre se encontró en la calle y sin nada. Era absolutamente pobre. Cuando vino la noche, se recostó al lado de un muro y se puso a contemplar las estrellas. En ese momento fue consciente de que estaba en manos de Dios y su corazón se llenó de una felicidad infinita. Y se dijo: «No hay duda, ha merecido la pena consultar a la ermitaña».

78. LA MOLESTA SILLA

Una comunidad de frailes muy mayores eligió como prior a un fraile de mediana edad que llevaba unos años en las misiones de Extremo Oriente. Cuando llegó a la comunidad, hubo muchas cosas que a éste le llamaron la atención. Una de ellas era una silla que estaba colocada al lado de la puerta del ascensor, en la segunda planta.

Tras varios días pasando el prior por allí, y viendo que aquella silla molestaba un poco para entrar y salir del ascensor, decidió ponerla en otro lugar del pasillo. Pero pocas horas después, pasó por allí y vio que la silla había vuelto a estar colocada al lado del ascensor. Así que la cogió y la colocó de nuevo en otro lugar.

Al día siguiente, vio que la silla estaba de nuevo al lado del ascensor. Entonces, ya un poco enfadado, agarró la silla y, cuando la llevaba hacia otro emplazamiento, un fraile muy mayor se le acercó y le dijo:

- Hermano, ¿qué haces?

El prior, sorprendido por aquella pregunta, respondió:

- Como ves, estoy cambiando esta silla de lugar, porque al lado del ascensor molesta un poco.

Pero el anciano, poniendo una mano sobre el respaldo de la silla, le dijo:

- Esta silla no se puede tocar, porque es la silla de fray Carlos.

El prior estaba confuso:

- Pero, ¿quién es fray Carlos?

Y el anciano le informó:

- Es un hermano muy querido por la comunidad, que murió hace tres años. Él dejaba su chaqueta en esta silla cuando regresaba de dar un paseo.

El prior no lograba entender aquello:

- O sea, me estás diciendo que, como esta silla la usaba un hermano que ha fallecido hace tres años, no se puede cambiar de sitio.

Y le dijo el anciano:

- Así es. Este tipo de tradiciones debemos respetarlas, sobre todo el prior. Porque ellas nos hacen ver que no vivimos en un hotel, sino en una comunidad en la que todos somos respetados y valorados, incluidos los frailes difuntos.

79. SABER BARRER

Una joven que era pobre y analfabeta pidió la entrada en un monasterio que estaba situado a las afueras de la ciudad. La priora, para ponerla a prueba, le cedió una pequeña celda que había en el claustro y le pidió que lo tuviese limpio. Pasados dos años, le permitieron profesar como hermana de la comunidad y la priora decidió dejarla en el claustro, pues estaba haciendo muy bien ese servicio.

Transcurrió el tiempo, y aquella humilde monja siguió ocupándose laboriosamente de la limpieza del claustro. Pero sus hermanas se dieron cuenta de lo mucho que estaba madurando interiormente, y se convirtió en un importante referente espiritual para toda la comunidad.

Un día que la maestra pasaba junto a las novicias por el claustro, vio que aquella humilde hermana lo estaba barriendo y, delante de las novicias, le dijo:

- Hermana, te lo ruego, explícanos que has hecho para alcanzar la perfección espiritual. ¿Qué método has seguido? ¿Qué maestros espirituales te han servido de referencia? ¿Qué oraciones has dirigido a Dios?

La hermana puso cara de sorpresa ante esas preguntas y, tímidamente, contestó:

- Hermana, cuando llegué a este monasterio, la madre priora me pidió que barrierá este claustro y, desde entonces, mientras lo hacía, también he ido barriendo los pecados de mi corazón.

80. EL EMPRESARIO Y EL HERMANO PORTERO

Un empresario, tras sacar adelante un importante acuerdo comercial, quedó muy cansado y estresado. Por ello, un amigo le recomendó que se hospedara durante unos días en un monasterio, porque le ayudaría a recuperar la paz interior.

Y así hizo. Cuando llegó al monasterio, el hermano hospedero le llevó a su celda, le explicó los horarios de rezos y comidas, y le dejó. Pero a aquel empresario el silencio monástico le resultaba muy aburrido, por lo que decidió acercarse a la portería para charlar con el hermano portero. Como éste era una persona muy simpática, durante los tres días que allí estuvo, el empresario los pasó hablando con él.

Cuando llegó el momento de partir, el empresario se dirigió a la portería y le dijo al hermano portero:

- Estoy muy agradecido con este monasterio. He de reconocer que estos días han sido para mí un gran descanso.

Entonces el hermano portero se echó a reír y le dijo:

- Pues para mí han sido de mucho trabajo.

81. LA AUTÉNTICA FELICIDAD

Un hombre llevaba siendo consejero del rey durante dos décadas, pero no había ganado mucho dinero. Un día le dijo a un amigo, en tono de queja:

- Aquí me tienes, tantos años sirviendo fielmente al rey y sigo sin ser un hombre rico. Está claro que este oficio no me ha servido para nada.

Su amigo le dijo:

- Leí en un libro que a los que van a la montaña del oeste y piden con insistencia la felicidad, se les aparece un ángel y les da un saco de monedas de oro.

El consejero del rey se tomó muy en serio aquello, por lo que, tras recibir el permiso del rey para dejar el palacio, marchó hacia la montaña del oeste y allí construyó una pequeña cabaña, donde se puso a rezar por su felicidad.

El hecho es que, poco a poco, se fue acostumbrando a aquella solitaria vida en medio de la naturaleza, se puso a rezar por la felicidad del mundo entero y acabó convirtiéndose en un ermitaño. Pasaron varias décadas y, un buen día, se presentó ante él un ángel que llevaba en la mano un gran saco. Y le dijo el ángel:

- Como has estado rezando insistentemente durante tantos años, aquí te traigo un saco lleno de monedas de oro para que tengas la felicidad que tanto anhelas.

Aquel ermitaño le contestó:

- Te agradezco mucho lo que me ofreces, pero ya no lo necesito, pues soy muy feliz orando en esta humilde cabaña. Si quieres, puedes dar ese dinero a las familias más pobres de la comarca.

El ángel le dijo:

- Has respondido bien, hermano, por eso te voy a dar el mayor de los tesoros: la sabiduría.

Y desde entonces aquel ermitaño se convirtió en un gran maestro espiritual, al que mucha gente consultaba para alcanzar la auténtica felicidad.

82. EL PASEO POR EL BOSQUE

En un monasterio había una hermana muy mayor que desde joven había tomado la costumbre de pasear todos los días por el bosque del monasterio. Un día, una joven le preguntó:

- Hermana, ¿por qué sigue yendo todos los días a caminar por el bosque? ¿No sería mejor que estuviese sentada en su celda o en el claustro?

La anciana le contestó:

- Hermana, salgo al bosque para orar.

Y la joven, intentando convencerla, le dijo:

- Pero si da igual donde se ora, porque Dios es el mismo en todas partes.

Y la anciana le dijo:

- Sí, Dios es el mismo en todas partes, pero yo no soy la misma cuando camino por el bosque.

83. UNA CENA CON EL ARZOBISPO

El arzobispo primado de un reino tenía la costumbre de desplazarse de un lugar a otro a pie, vestido con una vieja túnica y mendigando comida, pues eso le ayudaba a permanecer interiormente unido a Dios. En una ocasión, cuando se desplazaba a

una lejana comarca, se hizo de noche en medio de un páramo y pudo divisar una granja a lo lejos. Caminó hacia ella y pidió que le dejaran dormir en el granero. Le recibieron muy amablemente, pero el arzobispo vio que algo marchaba mal en aquella familia. Por eso decidió revelarles que era el arzobispo primado del reino y les preguntó que ocurría. Le dijeron:

- Monseñor, nuestro hijo mayor es alcohólico y se gasta el dinero de la familia en juergas.

El arzobispo les dijo:

- Por favor, déjenme ayudarles. Tráiganme una botella de vino y una buena cena para dos.

La madre le llevó todo aquello que pidió y, cuando llegó el hijo mayor, el arzobispo le invitó a cenar en el granero. Aquel joven accedió con mucho gusto y, además de cenar, se bebió toda la botella de vino, por lo que se quedó dormido en el granero.

A la mañana siguiente, el arzobispo le despertó y le dijo quién era. Entonces el joven se avergonzó mucho de su comportamiento y, para compensarlo, se ofreció a acompañarle hasta la siguiente ciudad. Y así, tras despedirse de la familia, salieron caminando. Al joven le llamaba mucho la atención la suma pobreza del arzobispo. Y cuando éste se paraba para orar, el joven se unía a su oración.

Cuando llegaron a la ciudad, el joven se ofreció a acompañar al arzobispo hasta la siguiente ciudad, y así hizo. Cada vez estaba más a gusto con el arzobispo. Al entrar en la siguiente ciudad, el joven le dijo:

- Monseñor, soy muy feliz con usted, le seguiré a donde vaya.

Y el arzobispo le contestó:

- En realidad, muchacho, no me sigues a mí. Ambos seguimos al mismo Maestro.

84. LA LECHUGA LAVADA

En un monasterio, el hermano pastor fue a la cocina, después de haber pasado toda la mañana apacentando a las ovejas. Y el hermano cocinero le dijo:

- Cómo me ha gustado la plática que hoy nos ha dado el padre abad. Me ha dejado muy tranquilo y consolado.

Entonces le dijo el hermano pastor:

- Por favor, cuéntame qué dijo el padre abad.

Y le dijo el hermano cocinero:

- Pues, la verdad, no me acuerdo.

El hermano pastor, extrañado, le preguntó:

- ¿Y cómo es que te ha dejado tan tranquilo y consolado, si ni siquiera te acuerdas de lo que ha dicho?

Y le respondió el hermano cocinero:

- Mira, hermano, mi corazón es como esta lechuga que estoy lavando: el agua pasa por ella y la limpia, pero después nada queda en ella, pues el agua y la suciedad salen de la lechuga. Así pasó con las palabras del padre abad: arrastraron la suciedad de mi corazón, salieron de él y quedó en silencio.

85. LA JOVEN MÁS INTELIGENTE

Un joven rico, viendo que había llegado el momento de casarse y crear una familia, comenzó a buscar a una mujer que fuese su esposa. Pero no le valía cualquier mujer: él deseaba que fuese la mujer más inteligente, pues eso le sería de gran ayuda.

Tras rechazar a muchas jóvenes que hubieran estado dispuestas a casarse con él, oyó hablar de una que tenía fama de ser la más

inteligente de todo el reino. Entonces se montó a caballo y se presentó en la casa de aquella joven. La familia le recibió muy bien y les dejaron solos para que hablasen. Pero aquella joven, tras cinco minutos de conversación, le dijo:

- Te agradezco que quieras que yo sea tu esposa. Pero sé que tú no serías un buen esposo para mí, porque yo también busco al hombre más inteligente, y tú no lo eres.

86. EL AGUA DERRAMADA

Una gran teóloga fue a visitar a una anciana ermitaña que vivía en lo alto de una torre de la catedral, para ver qué le decía sobre Dios. Cuando entró en la habitación de la ermitaña, ésta la invitó a sentarse a la mesa para tomar un vaso de agua. La ermitaña cogió la jarra de agua y comenzó a llenar el vaso de la teóloga. Cuando el agua llegó hasta el borde del vaso, la ermitaña siguió echando agua, de tal forma que se derramó por toda la mesa.

Mientras, la teóloga pensaba: «He cometido un error subiendo a hablar con esta anciana. Está claro que ha perdido sus facultades». Pero entonces la ermitaña tomó la palabra y dijo:

- Estimada hermana, le agradezco mucho su visita. Pero he de decirle que no entiendo muy bien para qué ha venido, pues usted tiene la mente tan repleta de teorías teológicas, que todo lo que yo le pueda decir se desparramará como esta agua que inunda la mesa. ¿De verdad quiere aprender algo nuevo sobre Dios? Abra su corazón y el propio Dios le hablará.

Y la teóloga bajó de la torre satisfecha y agradecida.

87. LA SABIA ANCIANA

La maestra pidió a las novicias que la acompañaran a la enfermería, pues allí estaba ingresada una hermana muy mayor que era un importante referente espiritual de la comunidad. Cuando estuvieron junto a ella, la maestra le preguntó:

- Hermana, ¿podrías contar a las novicias cómo has conseguido alcanzar la perfección espiritual?

Y ella, mirando a las jóvenes, dijo:

- Hermanas, yo procuro vivir el presente para que Dios se haga presente en mi vida.

La maestra volvió a preguntar:

- Por favor, hermana, puedes explicarnos qué haces para vivir el presente.

La anciana dijo:

- Es muy fácil, cuando oro, oro; cuando como, como; cuando duermo, duermo; y cuando muero, muero.

Y en ese momento la anciana inclinó la cabeza y sintió cómo Jesús se hacía presente ante ella, en el Reino Celestial.

88. LA BARCA DEL ERMITAÑO

Un ermitaño vivía felizmente al lado de un ancho y caudaloso río. Mientras oraba, llegó un señor y le pidió que le indicase cómo podía llegar a la ciudad. Entonces el ermitaño se ofreció a llevarlo en su barca, pues la ciudad estaba varios kilómetros río arriba, en la otra orilla. En cuanto comenzaron la travesía, el señor le comentó que era profesor en la universidad y le habló al ermitaño de sus muchos títulos académicos.

Mientras el ermitaño remaba, el profesor mirando hacia el fondo del río, le preguntó:

- ¿Sabe usted el nombre de las especies de peces que viven en este río?

El ermitaño negó con la cabeza y le dijo el profesor:

- Pues ha perdido una cuarta parte de su vida.

El profesor, mirando al cielo, preguntó al ermitaño:

- ¿Conoce usted el nombre de las especies de aves que hay en esta región?

El ermitaño negó con la cabeza y le dijo el profesor:

- Pues ha perdido una cuarta parte de su vida.

El profesor siguió observando a su alrededor y, mirando hacia la orilla, preguntó al ermitaño:

- ¿Conoce usted el nombre de las especies de árboles que hay en ese bosque?

El ermitaño volvió a negar con la cabeza y le dijo el profesor:

- Pues ha perdido una cuarta parte de su vida.

Súbitamente, un tronco chocó con la barca y se abrió un gran boquete. Entonces el ermitaño, mirando el chorro de agua que estaba entrando en la barca, preguntó al profesor:

- ¿Sabe usted nadar?

El profesor negó con la cabeza y le dijo el ermitaño:

- Pues ha perdido toda su vida.

89. LA CRIADA INSOPORTABLE

En una ciudad vivía una señora conocida por su sabiduría y honestidad. Pero era también muy conocida la aterradora fama de su criada, pues tenía un pésimo carácter y contestaba siempre de un modo insolente. Además, rompía muchos vasos y platos, y daba fuertes portazos.

Por eso, un día que el párroco estaba conversando a solas con esta señora a la puerta de la iglesia, no pudo aguantar la curiosidad y le preguntó por qué no había despedido a aquella desagradable criada. Entonces le respondió la señora:

- Padre, le estoy muy agradecida a mi criada, pues ella me está enseñando a tener mucha paciencia.

90. LOS VASOS DE AGUA

Una maestra insistía a sus novicias diciéndoles que, si querían ser verdaderas contemplativas, debían vaciar su corazón de todo aquello que les impedía escuchar a Dios. Pero eso no lo entendían las novicias. Entonces, un día la maestra les pidió que llevaran al aula un vaso lleno de agua. Todas fueron a la cocina y regresaron con uno en la mano. Y la maestra les dijo:

- Tomad un lápiz, golpead suavemente el vaso y decidme qué tal suena.

Todas vieron que sonaba muy mal. A continuación, les dijo la maestra:

- Ahora vaciad el vaso y volved a golpearlo con el lápiz.

Las novicias arrojaron el agua de sus vasos por la ventana y, tras golpearlos con el lápiz, comprobaron que los vasos sonaban muy bien. Y les dijo la maestra:

- Así suena la voz de Dios en un corazón vaciado.

91. EL CABALLERO DE LA FRONTERA

Un caballero de mediana edad fue a hablar con un ermitaño. Cuando entró en la cabaña y se sentó delante de él, le preguntó:

- Hermano, el castillo de mi señor está en la frontera. Por ello estoy acostumbrado a tener continuos combates y luchas con el enemigo. Después de todo lo que he vivido, ha surgido en mí una pregunta: ¿existen realmente el bien y el mal en este mundo?

El ermitaño le dijo:

- ¿Me está diciendo usted que es un caballero? No puede ser. Con su aspecto de blandengue, no me lo puedo creer.

Aquello hirió el orgullo del caballero, se puso en pie de un salto y desenvainó la espada. En ese momento le dijo el ermitaño:

- Acaba de hacerse presente el mal.

Al darse cuenta el caballero de lo que le estaba queriendo decir el ermitaño, se sosegó, inclinó la cabeza y le pidió perdón. Y dijo el ermitaño:

- Ahora se ha hecho presente el bien.

Tras un momento de silencio, dijo el ermitaño:

- Acaba de ver usted cómo el bien es más fuerte que el mal. Eso nunca lo debe olvidar un caballero cristiano.

92. LA CAPA DEL FRAILE

Un fraile iba de camino en medio de un bosque cuando decidió detenerse durante unos minutos para orar. Salió del camino, buscó un claro donde había una cómoda hierba, se sentó, sacó el breviario y se puso a orar. De repente vio que una mujer venía hacia él llorando y mirando hacia todas partes, como si estuviese buscando algo muy

importante. Entonces pasó justo al lado del fraile y le pisó la capa del hábito. El fraile, indignado, le dijo:

- ¡Señora, fíjese por dónde va! ¡Acaba de pisarme la capa!

La señora, al oír aquella voz, volvió en sí y dijo:

- Disculpe, hermano, mi marido es leñador y ayer por la noche no regresó a casa. Estaba tan absorta buscándole, que no me di cuenta de que estaba usted ahí. Le pido perdón.

Entonces el fraile se dio cuenta de que aquella mujer le acababa de dar una importante lección espiritual: pues ella estaba mucho más centrada buscando a su marido que él buscando a Dios.

93. EL SISTEMA DE RIEGO

Un joven seminarista fue a hacer ejercicios espirituales a un monasterio. Un día, el hermano hospedero le invitó a asistir a una plática que iba a dar el padre abad. El seminarista, obviamente, aceptó la invitación, deseoso de escuchar una buena charla espiritual.

Cuando llegó el momento, el hospedero le condujo a la sala capitular del monasterio y le dijo dónde podía sentarse. A los cinco minutos llegó el padre abad, se sentó en su silla y, tras invocar al Espíritu Santo, comenzó la charla. Ésta versó sobre las características técnicas del nuevo sistema de riego que iban a poner en la huerta, sobre cuánto costaría instalarlo, el tiempo que tardarían en hacerlo y, fundamentalmente, sobre las nuevas hortalizas que podrían cultivar gracias a él. Al acabar, rezaron todos un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria, y regresaron a sus tareas.

El seminarista escuchó interesado toda la charla, pero se quedó muy sorprendido por su contenido. Por eso, cuando el hermano hospedero le llevó de vuelta a su celda, no pudo reprimir una duda:

- Disculpe, hermano, el abad nos acaba de dar una charla sobre horticultura, no sobre teología. No lo entiendo.

El hospedero le dijo al seminarista:

- Generalmente, las charlas del padre abad son de temática teológica o espiritual. Pero hoy no ha sido así.

El seminarista, que seguía sin entender, le dijo:

- Sí, ya veo, pero no comprendo por qué no ha hablado de Dios en toda la charla.

Y el hermano hospedero se lo aclaró:

- El trabajo en la huerta es para nosotros un ejercicio espiritual, en el que tenemos un íntimo encuentro con Dios, aunque a veces no le citemos ni le nombremos.

94. LA PESADA ROCA

En el noviciado de un monasterio, la maestra habló en una de sus clases de cómo el amor, cuando proviene de Dios, todo lo puede. Les dijo a sus novicias:

- Ante cualquier adversidad que os encontréis en la vida, pedid a Dios que os dé amor para afrontarla y la superaréis.

Pasados unos días, hubo un terremoto y una gran roca rodó ladera abajo, rompió la pared de la capilla del monasterio y quedó colocada en medio de ella, de tal modo que dificultaba mucho a las hermanas hacer debidamente la oración comunitaria. Dado su gran tamaño, parecía imposible sacarla de ahí.

Al día siguiente, estando la comunidad sentada en la capilla a la espera de comenzar el rezo de Maitines, la maestra se levantó de su asiento, se dirigió a aquella gran roca, la abrazó con mucho cariño y le dijo:

- Querida roca, necesitamos que te muevas, te pido por favor que cooperes.

Y la maestra logró sacar aquella roca de la capilla.

95. EL CEMENTERIO DEL CONVENTO

Un joven fraile había tomado con gran entusiasmo la predicación del Evangelio. Aceptaba todos los encargos que recibía, ya fuesen novenas, retiros espirituales o charlas parroquiales. Pero sus hermanos de comunidad notaron que su ánimo variaba mucho. A veces estaba eufórico y otras decaído. Por eso, su prior le preguntó a qué se debía aquello. Y el joven le contestó:

- Hermano, cuando la gente me dice que le ha gustado mi predicación, me alegro mucho. Pero cuando recibo críticas hirientes, me deprimó un poco.

Entonces le dijo el prior:

- Te recomiendo que hagas una cosa. Vete ahora al cementerio del convento y desahógate criticando duramente a los frailes difuntos. Vas a ver qué bien te vas a sentir.

Aquello le extrañó mucho al joven fraile, pero hizo lo que le pidió su prior. Media hora después, fue a la celda prioral y le dijo al prior:

- Hermano, he hecho como me has dicho, pero no me siento mejor.

Entonces le dijo el prior:

- Bueno, entonces haz lo contrario. Vete al cementerio y halaga a los frailes difuntos. Quizás eso te suba el ánimo.

El joven fraile seguía sin entender, pero fue al cementerio. Pasada media hora regresó a la celda prioral y le dijo al prior:

- Hermano, tampoco esto me ha afectado en nada.

Y le preguntó el prior:

- ¿Y a los frailes difuntos les ha afectado en algo?

El joven se echó a reír:

- ¿Cómo les va a afectar, si están muertos? Ni se enfadaron cuando les critiqué ni se alegraron cuando les halagué. A ellos no les afectan ni los halagos ni las críticas.

Y le dijo el prior:

- Ahí quería llegar yo. Ante las críticas hirientes y los halagos, debes reaccionar como un muerto.

96. EL ACCIDENTE DE AUTOBÚS

Un grupo de seminaristas estaba viendo las noticias en televisión. En ese momento estaban informando de un trágico accidente de autobús, que había provocado la muerte de cinco pasajeros y otros treinta habían sido ingresados en el hospital, algunos con heridas muy graves. El causante era el conductor, el cual había reconocido ante la policía que se había quedado dormido cuando conducía. Mientras mostraban imágenes de dicho conductor con las manos esposadas, un seminarista dijo en tono muy enfático:

- ¡A ese sinvergüenza deberían condenarlo a cadena perpetua!

Entonces el formador le dijo con una voz suave y tranquila:

- Vaya, si de verdad piensas eso, quizás no estés llamado a la vida sacerdotal.

Inmediatamente alguien bajó el volumen de la televisión y de nuevo habló el formador, pero esta vez a todos los seminaristas:

- Ese conductor es como nosotros, un pobre hombre que comete errores. Y eso es algo que debemos asumir. Nosotros no somos del grupo de los perfectos, sino de los imperfectos. Como ese conductor, somos débiles y vulnerables. Y necesitamos que se nos juzgue con misericordia.

97. LA HERMANA ALCANTARILLERA

En el centro de un lejano país había un inmenso monasterio con más de mil monjas. Era tan grande, que había una hermana ocupada exclusivamente del mantenimiento de las alcantarillas. Todos los días bajaba a comprobar que éstas estuviesen en buen estado. Un día, cuando pasaba por la sacristía del monasterio, la hermana sacristana le dijo:

- Hermana, acabo de crear una nueva fragancia para el incienso que vamos a usar en la fiesta de nuestra fundadora. Por favor, huélelo y dime qué te parece.

La hermana alcantarillera se acercó, lo olió y súbitamente se desmayó. La hermana sacristana fue rápidamente a la celda de la abadesa para comunicarle lo sucedido. Entonces la abadesa fue a un claustro del monasterio, abrió una tapa de alcantarilla, bajó, metió en un cubo unos restos de pescado podrido y con ello fue a la sacristía. En cuanto se lo hizo oler a la hermana alcantarillera, ésta recobró el sentido. La hermana sacristana preguntó a la abadesa qué había pasado. Y ésta le respondió:

- Nuestra hermana alcantarillera está tan acostumbrada al mal olor, que su cerebro no es capaz de soportar los buenos olores, por eso se ha desmayado.

La hermana sacristana observaba a la hermana alcantarillera, que aún seguía tumbada en el suelo, y dijo:

- Bueno, no parece grave.

Y le contestó la abadesa:

- Ciertamente, esto no tiene gran importancia. Pero, por desgracia, hay personas en el mundo que se han acostumbrado tanto al mal olor del pecado, que sienten una gran repugnancia ante la fragancia de la virtud. Y nosotras debemos orar por esas personas.

98. LAS DOS ORILLAS

En la orilla de un ancho y caudaloso río vivía desde hacía muchos años un ermitaño. Era un anciano bondadoso y bonachón. Un día le pareció ver que en la otra orilla del río otro ermitaño había construido una cabaña y se había instalado allí. Entonces decidió cruzar el río para saludarle. Cuando llegó a la cabaña del otro ermitaño, vio que era joven y que, por sus finas maneras, debía ser alguien culto y bien instruido.

Y así era. Aquel ermitaño invitó amablemente al anciano a entrar en su cabaña y, tras tomar juntos una infusión, le comentó que acababa de titularse en la escuela de teología de la catedral. Y se ofreció a instruir al anciano, el cual, humildemente, aceptó.

Una vez al mes, el anciano iba a la cabaña del joven para que le diese alguna lección de teología. Un día, tras haber recibido una charla sobre espiritualidad, el anciano regresó para consultar al joven una oración que no había entendido bien y él se la volvió a repetir. En cuanto le dejó el anciano, se dijo el joven a sí mismo: «¡Qué sería de este infeliz sin mi ayuda!». Entonces miró hacia el río y vio que aquel anciano regresaba a su cabaña caminando sobre las aguas.

Al día siguiente, el joven fue a la cabaña del anciano y le pidió humildemente ser su discípulo.

99. LA ZANJA DE LA HUERTA

En un monasterio, la relación entre el hermano pastor y el hermano hortelano llegó a ser tan mala, que el hermano hortelano, para evitar seguir discutiendo con el hermano pastor, hizo con el tractor una gran zanja para separar la huerta de los corrales.

Aquello sentó tan mal al hermano pastor, que se dijo: «Si él hace una zanja para separarse de mí, yo mandaré construir un muro». Entonces habló con el hermano albañil para que levantase un gran

muro al lado de la zanja. Éste aceptó el encargo, pero fue a hablar con el abad.

A la mañana siguiente, el hermano hortelano se encontró con que habían construido un hermoso puente sobre la zanja y pensó: «Vaya, mi hermano quiere que nos reconciliemos, por eso ha construido este puente». Así que, muy contento, cruzó el puente, buscó al hermano pastor en los corrales y, cuando lo encontró, se abrazó a él y le dijo:

- Yo también te pido perdón.

100. EL BARRIL DE BRANDI

Un hombre era famoso por el brandi que guardaba desde hacía cincuenta años en un barril de roble. Un día, un vecino le dijo:

- Mi esposa y yo queremos celebrar el nacimiento de nuestro primer hijo. ¿Puedes llenarnos una botella con tu brandi?

El hombre le respondió:

- De ningún modo, si de vez en cuando hubiese ido regalando botellas, ¿crees que mi brandi habría llegado a tener cincuenta años?

El vecino, algo contrariado, le preguntó:

- ¿Te lo bebes tú solo?

El hombre le contestó:

- No, tampoco lo bebo yo, porque se gastaría.

El vecino, muy intrigado, le preguntó:

- ¿Entonces para qué quieres el brandi?

Respondió el hombre:

- Me llena de orgullo tener el brandi más añejo de toda la comarca.

Y el vecino, poniéndole la mano sobre el hombro, le preguntó:

- ¿No preferirías llenarte de felicidad compartiéndolo?

101. LA PURIFICACIÓN DE LA PLATA

En un monasterio, las hermanas tenían por costumbre comentar en comunidad todos los sábados las lecturas de la Eucaristía del domingo. Un día, la primera lectura era del libro del profeta Malaquías y en ella se decía: «*Dios se sentará para fundir y purificar: refinará a los hijos de Leví y los purificará como el oro y la plata*» (Mal 3,3). Dado que en aquel monasterio había una hermana que hacía orfebrería en el horno de fundición del monasterio, la abadesa le pidió que explicara a todas cómo se purifica la plata, es decir, cómo purifica Dios el corazón humano. Y la hermana les dijo:

- Se trata de un proceso muy complejo, pues el Fundidor debe estar continuamente pendiente de la plata, ya que, si se pasa, ésta se estropea.

Entonces le preguntó la abadesa:

- ¿Cómo sabe el Fundidor que la plata ha quedado refinada?

Y respondió la hermana:

- Cuando el Fundidor ve su rostro reflejado en la plata, sabe que ya está refinada.

102. LA MONJA ENGREÍDA

En una colonia de monjas eremitas del desierto, había una joven que tenía una gran inteligencia. Pero, por desgracia, era una engreída. Un domingo, cuando todas las monjas estaban reunidas en torno a la

madre espiritual de la colonia, aquella joven se puso en pie y les demostró que se sabía de memoria todo el Nuevo Testamento. Asimismo, les contó que había tardado en memorizarlo cinco años, en los que tuvo que hacer un gran esfuerzo. Con eso les mostraba que, además, era una sacrificada asceta.

Terminada aquella demostración, la madre espiritual le dijo:

- Hermana, me asombra que te hayas esforzado tanto en aprenderte de memoria el Nuevo Testamento, cuando aquí todas sabemos que el obispo nos ha regalado varios ejemplares.

103. LA CABRA PERDIDA

En un monasterio, al hermano pastor se le perdió la cabra y aquello le dolió mucho. Por más que la buscaba, no la encontraba. El abad y el resto de la comunidad intentaron consolarle, pero a aquel hermano no se le iba la pena.

Entonces, el hermano pastor puso un cartel en la puerta del monasterio que decía: «A quien encuentre la cabra de este monasterio, se la puede quedar». Todos se sorprendieron con aquello, sobre todo el abad, que bajó a los corrales para hablar con el hermano y le preguntó:

- Hermano, ¿de qué nos puede servir regalar la cabra al que la encuentre?

Y el hermano le respondió:

- Padre abad, eso nos dará la satisfacción de haber encontrado lo que estaba perdido.

104. LOS DOS PASTORES

En un pequeño pueblo vivían dos pastores. Cada uno tenía un buen rebaño de ovejas. Pero un día pasó por allí un gran ejército y se las quitó todas para dar de comer a la tropa. Aquello, como es obvio, fue muy duro para ambos pastores.

Uno de ellos, no pudiendo asumir la pérdida de su rebaño, acabó con una fuerte depresión y al cabo de unos meses murió.

El otro, sin embargo, decidió darle un sentido trascendente a todo aquello. Se decía: «Algo positivo debe tener esta desgracia que he sufrido». Y en efecto, comenzó a meditar sobre el escaso valor que tienen las posesiones, y así, poco a poco, fue tomando conciencia de que Dios es el único que puede hacer feliz al ser humano.

Entonces metió lo imprescindible en una mochila y emprendió una larga peregrinación. Pasados unos meses, llegó a un hospital para pobres y, viendo que los encargados del hospital tenían mucho trabajo, decidió echarles una mano. El hecho es que le gustó tanto aquel trabajo, que allí se quedó para siempre. Fue la persona más feliz del mundo.

105. LAS NOVICIAS DORMILONAS

En el noviciado de un monasterio, había la costumbre de orar en silencio en la capilla antes del primer rezo comunitario de la mañana. Un día, una novicia le dijo a la maestra:

- Madre, me he fijado que hay varias novicias que son unas dormilonas, porque por la mañana, en la oración en silencio, en vez de orar, están dormidas.

Y la maestra le contestó:

- Hermana, es mejor ser dormilona que ser criticona.

106. LA PETICIÓN DE LA NÁUFRAGA

A causa de la crisis económica, en 1930 una familia italiana decidió emigrar a Argentina para emprender allí una nueva vida. Vendieron su casa y su taller, metieron en baúles su ropa y sus utensilios, y tomaron un barco. Pero cuando estaban bordeando las costas africanas, estalló una gran tormenta, el barco se hundió y la madre se encontró sola en una playa. Ante tal situación, mientras caminaba por el desierto, le dijo a Dios:

- Señor, he perdido a mis hijos y a mi marido. También he perdido todas mis posesiones. Y ha desaparecido el próspero futuro que nos esperaba al otro lado del océano. Sólo te pido una cosa: ¡Ayúdame a conservar la fe!

107. LAS REJAS DEL LOCUTORIO

Unos familiares fueron a visitar a una joven monja. Cuando llegaron al monasterio, la hermana portera les hizo pasar al locutorio. Era una pequeña sala dividida por una reja. Por el lado de dentro llegó la joven hermana y al otro lado de la reja la esperaban sus familiares.

Después de saludarla, una tía suya, con muy buena intención, le preguntó:

- ¿Quieres que hablemos con la priora para que te deje salir de esta cárcel y así te das un paseo por la calle con nosotros?

Y la joven hermana respondió:

- Gracias, tía, pero aquí me siento muy libre. Sin embargo, si saliese del monasterio, me sentiría encarcelada en lo mundano.

108. EL PALACIO DEL MÍSTICO

Había un conde inmensamente rico que tenía fama en todo el reino de ser un auténtico místico. Cuando el nuevo obispo fue a visitarle, el conde le recibió en una maravillosa sala. Entonces el obispo le preguntó:

- Señor conde, ¿cómo es posible que, viviendo en un palacio tan suntuoso, sea usted capaz de tener una relación tan íntima con Dios?

El conde le dijo:

- Con mucho gusto se lo explico, monseñor, si usted es tan amable de hacer un pequeño ejercicio.

El obispo, algo intrigado, contestó:

- Muy bien, usted dirá.

Y se lo explicó el conde:

- Le ruego que coja este candil y recorra todas las dependencias del palacio. Y después me las describe. Pero si se le apaga la llama del candil, yo no le diré qué hago para tener una relación tan especial con Dios.

El obispo cogió el candil encendido y, acompañado por el mayordomo, recorrió todo el palacio de punta a punta. Después de una hora, el obispo ya estaba de regreso junto al conde y llevaba el candil encendido. Y el conde le preguntó:

- Cuénteme, monseñor, ¿qué le ha parecido mi palacio?, ¿qué sala le ha gustado más?

El obispo respondió:

- Vaya, lo siento, no he sido capaz de fijarme en nada, pues estuve todo el tiempo pendiente de que no se me apagara la llama del candil.

Entonces le dijo el conde:

- Pues eso es lo que yo hago para poder estar íntimamente unido a Dios: estoy siempre pendiente de que no se apague su luz en mi corazón.

109. LOS SONIDOS DEL BOSQUE

Un rey quería que su joven príncipe se formase bien para que, cuando llegase el momento, fuese un rey ecuánime y justo con sus súbditos. Por ello, lo puso en manos de un sabio ermitaño que vivía en una cueva de la montaña. Cuando el príncipe se presentó ante el ermitaño, éste le dijo:

- Si quieres ser un rey ecuánime y justo, te pido que vayas a vivir al bosque para que aprendas a escuchar sus sonidos. Dentro de un año regresa y me describes los sonidos que has logrado distinguir.

Así hizo el príncipe, se fue al bosque y en él vivió en total soledad. Y todos los días hacía un gran esfuerzo por escuchar hasta los más suaves sonidos. Pasado el año, regresó a la cueva del ermitaño y éste le pidió que le describiera los sonidos que había oído. El príncipe le dijo:

- Maestro, ahora puedo diferenciar el piar de las crías de pájaro, el zumbido de los insectos y los sonidos de la noche.

El ermitaño le dijo entonces:

- Eso está muy bien, pero es más importante escuchar lo que dice el corazón del bosque. Te pido que permanezcas en él, hasta que seas capaz de describir sus sonidos.

Aquello no lo entendía el joven príncipe, por eso le preguntó:

- Pero maestro, ¿a qué se refiere? Por favor, explíqueme qué debo escuchar.

Y el ermitaño le contestó:

- Cuando seas capaz de escuchar con el corazón, lo sabrás.

De nuevo el príncipe se internó en el bosque y en él fue ejercitándose en escuchar con el corazón. Pasados cinco años, regresó a la cueva del ermitaño y éste le pidió que le describiese los sonidos del corazón del bosque. Y el príncipe lo hizo con gran emoción:

- Maestro, ahora soy capaz de escuchar las puestas de sol, las nubes surcando el cielo y las estrellas brillando por la noche.

Le dijo el ermitaño:

- Muy bien, joven príncipe, veo que ya estás preparado para ser un rey ecuánime y justo. Porque cuando escuches en audiencia a tus súbditos, tendrás que distinguir entre lo que te dicen con la boca y lo que en realidad te están comunicando con su corazón.

110. LA CAJA DE MONEDAS

Había un comerciante al que todo le iba muy bien. Su esposa y sus hijos le querían, sus negocios le daban mucho dinero, sus empleados estaban contentos de trabajar para él, vivía en una bella mansión y, sobre todo, estaba a bien con Dios, pues procuraba ser bueno con todos y era muy generoso con los pobres. Sin embargo, a pesar de todo eso, este comerciante no se sentía feliz. Había algo en su vida que él consideraba que le faltaba, aunque no sabía qué era.

Por eso, un día decidió ir a un monasterio para consultarlo con el abad. Una vez que le contó lo que le pasaba, el abad le dijo:

- Si usted quiere saber qué le ocurre, le propongo que haga una prueba. Deje una caja con 99 monedas de oro en la puerta de un empleado suyo que parezca feliz. Pero en la caja ponga claramente el número 100. Y verá qué pasa.

Así hizo el comerciante: depositó la caja de monedas al lado de la puerta de la casa de un empleado al que veía siempre contento. Pues bien, al día siguiente vio que aquel empleado estaba triste y apesadumbrado. Cuando el comerciante le preguntó qué le pasaba, le dijo:

- Resulta que ayer por la noche me encontré una caja de monedas de oro en la puerta de mi casa. Pero en ella debería haber 100 monedas y sólo hay 99. Me he pasado toda la noche contando las monedas y buscando por los alrededores la moneda que falta, y no la encuentro. Y eso me tiene amargado.

Ese mismo día, el comerciante fue a visitar al abad y le contó lo sucedido. Y éste le dijo:

- Eso es lo que le pasa a usted. Su vida es maravillosa y, sin embargo, en lugar de disfrutar de lo mucho que tiene, está muy preocupado buscando aquello que le podría faltar. Y así nunca será feliz.

111. LA CUERDA DEL CAMELLO

Un grupo de misioneras viajaba en una caravana de camellos hacia la capital, para hacer allí unos ejercicios espirituales junto a otras hermanas de la Congregación. Una noche vieron que el joven camellero estaba disgustado por algo. Entonces, una misionera se acercó a él y le preguntó qué le pasaba. Y éste le dijo:

- Hermana, resulta que he perdido una cuerda y no puedo atar a uno de los camellos. Y si no lo ato, escapará.

La misionera le dijo:

- Los camellos, como las personas, se fían demasiado de las apariencias. Por eso, al atar a los camellos, cuando llegues al que le falta la cuerda, haz el gesto de atarlo. Vas a ver como no se escapa.

En efecto, a la mañana siguiente el camello estaba en su sitio, como si estuviera atado. Cuando la caravana se puso en marcha, el camellero volvió a acercarse a la misionera y le dijo:

- Hermana, resulta que el camello al que ayer le faltaba la cuerda se ha quedado inmóvil y no quiere salir con la caravana.

Entonces le preguntó la misionera:

- ¿Te has acordado esta mañana de hacer el gesto de desatarlo?

112. LOS CINCO TRAZOS

Una joven monja estaba junto a otras en el escritorio del monasterio decorando los márgenes de un gran cantoral que iba a usar la comunidad en el Tiempo de Pascua. La abadesa le dijo que era muy importante que la decoración transmitiese la alegría de la Resurrección del Señor.

Había finalizado la decoración de la primera página, pero por más que lo había intentado, no resultaba todo lo bella que debería. Entonces se levantó de su mesa y se dirigió a una anciana hermana que estaba decorando una Biblia políglota que la comunidad quería regalar a otro monasterio. La joven le dijo:

- Hermana, necesito que me ayudes a decorar la primera página del cantoral de Pascua, porque no logro dejarla bien.

La anciana se levantó lentamente, caminó hacia la mesa de la joven y se sentó delante del cantoral. Después de observar detenidamente aquella página, tomó el pincel, lo introdujo levemente en el bote de pintura amarilla, dio cinco pequeños trazos muy precisos y dijo:

- Ya está, con esto ha ganado en luz y belleza.

La joven se quedó impresionada y le preguntó:

- Hermana, ¿cómo es posible que con cinco trazos haya cambiado tanto la decoración de esta página? ¡Ahora es una obra de arte!

La anciana contestó:

- Hermana, el secreto del arte está en los pequeños detalles.

113. LA ERMITAÑA Y LOS ESTORNINOS

Una ermitaña rezaba Vísperas tranquilamente en su cabaña, que estaba pegada a las murallas de la ciudad. Entonces comenzó a oír el bullicio de una inmensa bandada de estorninos que se había posado en los recovecos de la muralla para pasar la noche. Y aquello comenzó a repetirse todos los atardeceres, justo a la hora en la que la ermitaña rezaba Vísperas. Aquel ruido le incomodaba para rezar, aunque decidió aguantarlo ascéticamente.

Pero, pasados unos días, no lo soportaba más y, desesperada, se puso en pie y le dijo a Dios:

- Te suplico que hagas callar a los estorninos. No aguanto el ruido que hacen mientras rezo Vísperas.

Y súbitamente los estorninos se callaron y se hizo un silencio total. Entonces la ermitaña se volvió a sentar y siguió rezando Vísperas. Pero el hecho es que no era capaz de rezar bien. Es más, ahora rezaba mucho peor que antes. Y no sabía por qué.

Pasados varios días en los que no lograba rezar debidamente las Vísperas, se puso en pie y le preguntó a Dios:

- Señor, ¿qué me pasa?, ¿por qué no soy capaz de rezar bien las Vísperas en silencio?

Y oyó una voz que venía de lo alto que dijo:

- Es que los estorninos rezaban contigo, elevando sus alabanzas hacia Mí.

Eso hizo recapacitar a la ermitaña y le dijo a Dios:

- Muy bien, pues déjales orar conmigo.

De repente volvió a oírse el bullicio de los estorninos, la ermitaña se sentó y se puso a rezar Vísperas con ellos. Desde entonces, ese fue su rezo preferido.

114. LA TIENDA DE PASTAS

Un monasterio tenía una pequeña tienda de pastas, gracias a la cual podía mantenerse económicamente la comunidad. Las ventas iban bien porque sus pastas eran realmente ricas y, además, las hermanas eran muy apreciadas por la gente de la ciudad.

En un momento dado, la economía mundial entró en una gran crisis, muchas empresas quebraron y la nación entera cayó en una fase de endeudamiento.

Estando así las cosas, fue a visitarlas el sobrino de una de las hermanas, que era economista y trabajaba para una empresa multinacional. Cuando estaban todos reunidos en el locutorio de la comunidad, el economista les dijo:

- Hermanas, el mundo ha entrado en una gran crisis económica. ¿Cómo les va a ustedes?

La madre priora respondió:

- Muchas personas vienen al monasterio para que pidamos por ellas, porque se han quedado sin trabajo.

Y le preguntó el economista:

- ¿Y cómo va su tienda de pastas? Supongo que ahora tendrá mucha menos actividad, ¿verdad?

Y la hermana encargada de la tienda dijo:

- Seguimos teniendo más o menos la actividad de siempre.

Viendo la cara de sorpresa del economista, la priora dijo:

- Mire, lo que pasa es que nosotras no nos regimos por la economía sino por la caridad. Debido a la crisis, ahora en la tienda estamos regalando pastas a las familias más pobres.

Sorprendido, el economista le preguntó:

- Entonces, si regalan ustedes las pastas, ¿cómo se mantiene la comunidad?

Y le respondió la priora:

- Nos mantenemos gracias a que Dios es caritativo con nosotras.

115. EL NOVICIO INSULTADO

Un maestro y su novicio iban de camino a un lejano convento donde éste debía recibir un curso de teología. Un día pasaron por un pueblo y la gente comenzó a insultar con saña al novicio, mientras éste callaba. Pero, en un momento dado, no aguantó más y comenzó a responder duramente a los insultos. Entonces el maestro le dejó solo y siguió su camino. Cuando acabó aquello, el novicio fue corriendo en busca de su maestro, que ya había caminado un buen trecho, y le preguntó:

- ¿Por qué me abandonó usted ante aquella gente que me insultaba?

Entonces el maestro le contestó:

- Mientras callabas ante los insultos, yo sentía que el Espíritu Santo moraba en ti, por eso me quedé contigo. Pero cuando comenzaste a responder a los insultos con otros insultos, sentí que quien moraba en ti era el demonio. Y yo no quiero estar con el demonio. Por eso me fui.

116. EL ESTÓMAGO DEL REY

Un rey tenía graves dolores estomacales, pero los médicos del palacio no eran capaces de sanarle, porque el rey comía demasiado y no se atrevían a decírselo, por miedo a su mal carácter. Debido a que los dolores iban a más, uno de los consejeros le recomendó al rey que consultara a una sabia ermitaña. Desesperado como estaba, el rey accedió a hablar con dicha ermitaña, la cual acudió al palacio. Cuando ella escuchó los síntomas que tenía el rey, le dijo:

- Le voy a preparar a su majestad un colirio hecho con manzanilla y se va a echar tres gotas en cada ojo antes de cada comida.

El rey, extrañado, repuso:

- Hermana, ¿no ha oído usted que lo que me duele es el estómago?

Y la ermitaña le dijo:

- Sí, pero vuestro problema parece estar en la vista, porque su majestad no es capaz de ver que los platos que se toma son demasiado grandes y numerosos.

Entonces el rey, furioso, protestó:

- ¡Mi vista está perfectamente!

Es entonces cuando la ermitaña aprovechó para decirle la cruda verdad:

- Eso sólo deja una opción: su majestad tiene una enfermedad espiritual que se llama gula. Y ésta sólo se sana con fuerza de voluntad.

117. EL PADRE DE LA POSTULANTE

Una joven llamó a la puerta de un monasterio para hablar con la abadesa y ésta la recibió en el locutorio. Entonces la joven le dijo que se sentía llamada por Dios para ser contemplativa y deseaba saber si podría ingresar en ese monasterio. La abadesa le dijo:

- Antes de nada, necesitamos saber si has hecho la Confirmación, dónde vives, qué has estudiado y quiénes son tus padres.

La joven le dijo:

- Le puedo contestar a todo salvo a la última pregunta, pues no sé quién es mi padre.

Pero la abadesa insistió en que ese dato era muy importante, pues así lo exigían las normas. Por tanto, si quería ingresar, tenía que preguntárselo a su madre. La joven agachó la cabeza y se fue.

Al cabo de una semana, la joven regresó para hablar de nuevo con la abadesa. Cuando ésta le preguntó por su padre, la joven le dijo:

- Hermana, cuando le hice esa pregunta a mi madre, ella no quiso contestarme. Pero como le dije que era fundamental saberlo para que yo pudiera consagrarme a Cristo, ella accedió y me lo contó todo. Resulta que cuando ella era muy joven fue prostituta y, fruto de ello, nací yo. Poco después se vino a vivir a esta ciudad, donde encontró trabajo en la fábrica de telas. Y aquí me ha criado.

La abadesa la miraba con el rostro muy serio. Y la joven prosiguió hablando.

- He venido para decirle que es imposible saber quién es mi padre y, por tanto, para avisarla de que no puedo pedir el ingreso en este monasterio.

La abadesa le dijo:

- Bueno, estoy realmente conmovida con la historia de tu madre y, sobre todo, con tu sinceridad. Evidentemente, puedes ingresar en este monasterio. Has dado pruebas más que suficientes de ser una discípula de Cristo.

118. EL NIÑO DEL CHALÉ

Un joven muy inteligente se había convertido en un habilidoso ladrón. Se había especializado en robar casas cuyos inquilinos estaban fuera, pues no quería emplear la violencia. Una noche entró en un bello chalé y cuando se disponía a abrir la caja fuerte, se encontró con un niño. Éste, inocentemente, le preguntó:

- ¿Has venido a jugar conmigo? Mis padres se han ido a una fiesta y volverán muy tarde.

El joven ladrón, sorprendido, aceptó aquella propuesta y ambos se pusieron a jugar en la sala de estar. Mientras disfrutaban con los juegos, el niño y el joven estuvieron hablando sobre lo que más les gustaría ser en la vida. Pasadas unas horas, se oyó que llegaba un auto. Entonces el joven se despidió del niño y rápidamente salió por la puerta de atrás.

Cuando llegó a su casa, se sentó en el sofá, recordó la conversación que había tenido con aquel niño y se preguntó: «¿Qué estoy haciendo con mi vida?». Allí estuvo sentado, reflexionando, toda la noche.

Al día siguiente, metió en una gran caja de madera todos los objetos robados que tenía guardados en su almacén secreto y dejó dicha caja en un lugar donde la policía pudiera encontrarla fácilmente. Después se matriculó en la universidad y, por último, aunque no era muy creyente, decidió ir a la parroquia. El párroco le recibió en su despacho y el joven le contó toda su vida. Tras escucharle atentamente, el párroco le dijo:

- Te recomiendo que medites bien lo que te dijo aquel niño con el que estuviste jugando, porque Dios te habló por medio de él.

El joven puso cara de sorpresa y añadió el párroco:

- Te lo digo porque hace tres años yo casé a los dueños de la casa a la que entraste a robar y me consta que ellos aún no tienen hijos.

119. EL MENDIGO MALOLIENTE

A un monasterio llegó un mendigo vestido con harapos y oliendo muy mal. Cuando fue recibido por el hermano portero, el mendigo pidió ver al abad. Entonces el hermano portero tocó la campana y, cuando el abad llegó a la portería, el mendigo le dijo:

- Veo que aquí vivís como ricos en un palacio. Menos mal que aún quedamos auténticos pobres seguidores de nuestro Señor.

El abad agachó la cabeza y dijo:

- Ciertamente, nos queda mucho para alcanzar la perfección evangélica. ¿Qué desea usted?

El mendigo, irguiéndose, contestó:

- He venido a hospedarme en este monasterio porque quiero daros testimonio de la verdadera pobreza.

Entonces le dijo el abad:

- Muy bien. Nos disponíamos ahora a sacar el estiércol de las cuadras. Hay mucho trabajo y su ayuda sería bien recibida.

Pero el mendigo, indignado, protestó:

- ¡Padre abad, yo soy un pobre de Cristo, no un empleado de las cuadras!

Entonces el abad, con suma humildad, le dijo:

- Se acabó. Sus harapos y su mal olor no son más que una estrategia para mostrarse superior a los demás y para vivir a costa del trabajo de otros. Es usted un pobre farsante.

Y mirando al hermano portero, le dijo:

- Dale un bocadillo y que siga su camino.

120. EL VIEJO LIBRO

Un joven hizo un largo viaje para poder hablar con un ermitaño. Cuando llegó a su cueva, le dijo:

- Hermano, vengo a verle porque en mi pueblo muchos me critican o hacen comentarios negativos respecto a mí. Eso hace que me sienta un inútil. No sé qué hacer con mi vida. Por eso he venido a consultarle.

Entonces el ermitaño le dijo:

- Eso que me cuentas es una cuestión muy importante y necesito pensarlo bien. Si te parece, mientras que medito lo que me has comentado, te voy a pedir un favor.

El joven asintió. Y le dijo el ermitaño:

- Toma este viejo libro e intenta venderlo en el mercado del pueblo de al lado. Pero no aceptes por él menos de una moneda de oro.

Al día siguiente, el joven fue al mercado por la mañana y por la tarde regresó con el libro. Y le dijo al ermitaño:

- Hermano, por más que hablé con unos y otros tenderos, ninguno quiso comprarlo por una moneda de oro. Unos se reían de mí, pensando que yo estaba loco, otros amenazaron con llamar al alguacil, porque sospechaban que yo era un timador, y hubo algunos que me quisieron dar algo de

dinero por él, pero muy poco, unas monedas de cobre. Así que, lo siento, porque he fracasado.

El ermitaño le dijo:

- Bueno, tranquilo, son cosas que pasan. Te voy a pedir otro favor, vuelve a bajar mañana al pueblo, pero esta vez llévale el libro al anticuario y pregúntale cuánto cuesta. Pero, diga lo que diga, no se lo vendas.

Así hizo el joven, bajó al pueblo y regresó por la tarde. Cuando entró en la cueva del ermitaño, su rostro reflejaba una gran emoción. Le dijo:

- Hermano, no se lo va a creer: cuando le enseñé el libro al anticuario, éste me dijo que se trata de uno de los primeros ejemplares del Nuevo Testamento. Su valor es incalculable. Dice que hay universidades que pagarían por él varios miles de monedas de oro. ¡Y pensar que ayer lo despreciaban todos los tenderos del mercado!

Y le dijo el ermitaño:

- Entonces, por favor, ¿puedes volverme a decir el problema que te trajo aquí?

121. LAS VISTAS DESDE LA VENTANA

Una señora enfermó gravemente y quedó ciega y parapléjica. Era viuda y sólo tenía una hija que era monja. Ante esta situación, la comunidad de esta hermana dejó que su madre fuese a vivir al monasterio, para que ella la cuidase. La priora le cedió una celda situada en una zona que estaba en desuso y permitió que su hija se instalase en la celda de al lado.

Todos los días, aquella hermana levantaba a su madre, la lavaba, la ayudaba a desayunar y después, a lo largo del día la visitaba de vez en cuando para ayudarla a comer o para hacerle compañía. Lo que más le gustaba a aquella señora era que su hija le

describiese el bello panorama que se divisaba desde la ventana de su celda. Le hablaba del gran río que lentamente fluía hacia el oeste. También le comentaba cómo los niños jugaban en el parque. Otras veces le describía las nubes que surcaban el cielo.

Un día, la hermana tuvo que ausentarse porque debía hacer un trámite en otra ciudad, por lo que la priora la reemplazó para atender a su madre. Cuando ya había almorzado y estaba cómodamente sentada en la butaca, la señora le dijo a la priora:

- Por favor, hermana, descríbame qué se ve hoy por la ventana. Mi hija lo hace todos los días. No hay nada que más me anime.

Pero la priora no sabía qué decir, porque la ventana de esa habitación daba al muro del monasterio.

122. LOS CAJONES DEL APARADOR

Dos ancianos sacerdotes vivían juntos en una casa parroquial. Se conocían desde hacía más de cincuenta años y, aunque eran buenos amigos, a veces tenían pequeñas discusiones. El hecho es que, un día, por una niñería que pasó durante el desayuno, ambos se enfadaron y dejaron de hablarse.

A uno de ellos se le pasó el enfado a media tarde y deseaba volver a hablar con su amigo, pero no sabía cómo romper aquel silencio sin enfadarle aún más. Por fortuna, durante la cena se le ocurrió algo. Entonces se levantó tranquilamente y comenzó a abrir los cajones del aparador del comedor. El otro sacerdote le dijo:

- ¿Qué estás haciendo?

Y éste le contestó:

- Estaba buscando tu voz.

Y ambos se echaron a reír.

123. LA PROHIBICIÓN DEL CARDIÓLOGO

Desde su niñez, un sevillano había estado saliendo como nazareno en la procesión de Semana Santa con su cofradía. Él vivía aquello con gran intensidad. Cuando salía como nazareno, sentía en su corazón que acompañaba a Jesús en su subida al Monte Calvario. Era una experiencia ascética muy intensa. Eso lo había aprendido de su padre y de su abuelo, y así se lo había transmitido a sus hijos y a sus nietos.

Pero cuando cumplió ochenta años, el cardiólogo le prohibió terminantemente volver a hacerlo. Cuando regresaba junto a su esposa de recibir aquella indicación médica, estaba totalmente hundido. Entonces su esposa, sabiamente, le dijo:

- Querido, tienes que mentalizarte: hasta ahora te sacrificabas por Cristo saliendo como nazareno. Desde ahora Él te pide que te sacrifiques absteniéndote de hacerlo.

124. LA COCINERA HABLADORA

La hermana sacristana fue a informar a la abadesa de que había visto a la hermana cocinera hablando sola. La abadesa le respondió:

- No te preocupes, a la hermana cocinera le gusta mucho hablar y como sabe que debe respetar el silencio de sus hermanas, habla con lo que sea. Yo la vi una vez contándole un chiste a una coliflor.

Viendo que la hermana sacristana no estaba de acuerdo, la abadesa le dijo:

- Es bueno respetar las rarezas de nuestras hermanas, siempre que éstas no perjudiquen a nadie.

Aquello no convenció a la hermana sacristana, por lo que le dijo a la abadesa:

- No sé, a mí eso de hablar con una coliflor me parece demasiado extraño. ¿No cree usted que un psiquiatra debería examinar a la hermana cocinera?

Y le dijo la abadesa:

- Eso sólo sería necesario si la coliflor le respondiese.

125. UNA HIGUERA EN EL DESIERTO

En el antiguo Egipto un padre de familia andaba muy preocupado porque desde hacía un tiempo tenía problemas con todas las personas: con su esposa, con sus hijos, con su obispo, con sus compañeros de trabajo y hasta con sus amigos. Algo pasaba en su corazón que hacía que no fuese capaz de tener una buena relación con nadie.

Por eso decidió internarse en el desierto para meditar y pedir a Dios que le ayudase a encontrar una solución a su problema. Y estando en medio del desierto, descubrió a lo lejos la silueta de un frondoso árbol. Al principio creyó que se trataba de un espejismo, pero al acercarse vio que era una gran higuera, que estaba situada en una encrucijada de caminos. Pero no entendía cómo podía subsistir ese árbol en un lugar tan desértico. Y se dijo a sí mismo: «Esto es una señal que Dios me envía».

Por ello decidió ocultarse tras una duna y esperar a ver qué ocurría. Pasadas unas horas, vio que se acercaba un monje eremita con un cántaro lleno de agua y con él regaba la higuera. El señor se quedó impresionado ante aquello y se dijo: «Obviamente, Dios quiere que imite a esta misteriosa higuera».

Entonces se sentó en la duna y se puso a esperar a que alguien le llevase agua. Pasaron las horas, y nadie le llevaba nada. Transcurrió un día entero, y nada. Cuando ya habían pasado varios días y el hombre estaba muy sediento, vio acercarse al monje eremita para regar a la higuera, y le dijo muy enfadado:

- ¡Hermano, no entiendo porque usted trae agua a la higuera y a mí me deja que me muera de sed!

Entonces el monje le dijo:

- Yo me sacrifico regando esta higuera para que dé sombra y frutos a los viajeros. ¿Por qué no deja de pensar tanto en sí mismo y me echa una mano?

126. EL DIAMANTE DEL FRAILE

Un fraile iba caminando por un recóndito sendero, cuando se le acercó un pobre para pedirle una limosna. Entonces, mientras el fraile rebuscaba en su mochila algo que pudiera darle, de ella se cayó un diamante. Y el pobre, al verlo, se lo pidió. El fraile se lo dio y le deseó un feliz día. Y el pobre se fue muy contento.

Pero al cabo de unos días, estando aquel fraile orando debajo de un árbol, se le acercó el pobre al que había dado el diamante, se arrodilló delante de él y le dijo:

- Hermano, el diamante que usted me dio me ha convertido en una persona muy infeliz. Como tengo miedo de que me lo roben, no me fío de nadie, no entro en los pueblos y ando siempre escondido.

El pobre llevaba el diamante metido en una bolsita que colgaba de su cuello. Mientras agarraba con fuerza aquella bolsita, le dijo al fraile:

- Hermano, me gustaría devolverle el diamante, pero me siento incapaz de desprenderme de él. Por favor, dígame, ¿por qué me lo dio con tanta facilidad?, ¿por qué no se sintió cautivado por él?, ¿por qué no le convirtió en su esclavo?

127. LOS DOS TEÓLOGOS

Un monasterio envió a dos jóvenes monjes a Roma para que estudiaran teología. Cinco años después, ambos regresaron con su título al monasterio. Entonces, reunidos en Capítulo, el abad les pidió que contasen a la comunidad quién es Dios. Uno de los dos teólogos se levantó y desarrolló un largo y complejo discurso en el que citó las Sagradas Escrituras, el Magisterio de la Iglesia, algunos Santos Padres y Doctores de la Iglesia, renombrados teólogos contemporáneos y varios destacados filósofos antiguos y contemporáneos. Después de cuarenta minutos de disertación, se sentó y todos sus hermanos quedaron maravillados de lo mucho que él sabía y de lo bien que hablaba.

Cuando le tocó el turno al otro teólogo, se levantó, permaneció medio minuto en silencio y se sentó. Entonces el abad dijo:

- Veo que este hermano ha conocido más profundamente a Dios.

128. EL PEQUEÑO VISITANTE

Un ermitaño vivía tranquilamente en su cabaña, cuando comenzó a ver una pequeña forma que iba y venía por el suelo, pegada a la pared. Fijándose detenidamente, vio que se trataba de un ratón de campo que entraba a comer los pocos restos de comida que había por el suelo.

En un principio, la reacción espontánea de aquel ermitaño fue la de impedir la entrada del ratón a su cabaña. Mientras buscaba el agujero por el que había entrado el ratón, pensó: «Si no soy capaz de vivir en armonía con un ratón, menos aún seré capaz de hacerlo con su Creador».

Desde entonces, el ermitaño dejaba todos los días unas miguitas de pan en un rincón de la cabaña y disfrutaba contemplando al ratón, y a su Creador.

129. LA PRUEBA DE CANTO

Una joven monja que tenía grandes cualidades como cantora, pidió a la priora que la nombrara primera cantora de la comunidad. La priora le dijo:

- Muy bien, te haré una prueba. Canta este himno.

La hermana lo cantó y la priora le dijo:

- Lo siento, no creo que valgas para ser la primera cantora.

Aquello desanimó tanto a la joven hermana, que dejó de interesarse por la música y se convirtió en una magnífica ecónoma.

Pasados los años, cuando la antigua priora era muy mayor y estaba ingresada en la enfermería, la hermana ecónoma se acercó a ella y le preguntó:

- Hermana, ¿te acuerdas de cuando yo te pedí ser la primera cantora de la comunidad? ¿Cómo te diste cuenta de que no valía para ese puesto con sólo oírme cinco minutos?

Y le dijo la anciana:

- Yo sabía muy bien que tenías cualidades para ser primera cantora, pero dudaba de que realmente fuese esa tu vocación. Por eso te puse a prueba. De haber tenido vocación para ser primera cantora, habrías insistido a pesar de mi comentario negativo.

130. LA TORMENTA DE ARENA

Una caravana atravesaba el desierto y en ella iba un joven comerciante que sólo pensaba en el dinero, pues lo demás no tenía importancia para él. Pero era profundamente infeliz.

Cuando estaban en medio del desierto, sobrevino una gran tormenta de arena, el joven se separó involuntariamente de la

caravana y se perdió. Tras caminar durante varios días por las dunas, llegó a un oasis en el que vivía un monje eremita.

Toda aquella experiencia había trastocado el interior del joven comerciante, por eso, cuando vio al monje, sintió una imperiosa necesidad de hacerle una pregunta:

- Hermano, ¿cree usted en Dios?

El monje le respondió:

- Yo no creo en Dios, yo habito en Dios.

El joven se quedó desconcertado. Por eso el monje añadió:

- Dios no es para mí una simple creencia, sino una experiencia, pues lo siento dentro de mi corazón y es el centro de mi vida.

Y el joven, emocionado, le dijo:

- Por favor, déjeme ser su discípulo, porque yo también deseo habitar en Dios.

131. EL CORAZÓN DEL PÁRROCO

Cuenta una leyenda que en una apartada aldea de la montaña, la gente era capaz de ver el corazón de las personas. Un día llegó un joven y les dijo a todos:

- Mirad, tengo el corazón más bello de toda la comarca. Fijaos en su perfección.

Entonces una mujer dijo:

- Yo no estoy de acuerdo con eso. No dudo de que, aparentemente, tu corazón es muy bello, pero es más bello aún el corazón de nuestro anciano párroco.

El párroco, tímidamente, les enseñó su corazón y todos descubrieron que estaba deforme y lleno de cicatrices. Y el joven dijo entonces:

- Señora, ¿por qué dice usted que ese viejo corazón es más bello que el mío?

La señora le dijo:

- El corazón de nuestro párroco está hecho con trozos de los corazones de sus feligreses. Mira, ese trocito de ahí se lo di yo. Y ese otro se lo dio mi marido. Y él, a su vez, nos dio un trozo del suyo.

Todos los vecinos de la aldea le dieron la razón a aquella señora, pues todos habían compartido su corazón con el párroco. Entonces el joven, algo conmovido, arrancó un trozo de su corazón y se lo ofreció al párroco. Y éste, muy gustoso, le dio un trozo del suyo. Y dijo el joven:

- ¡Ahora mi corazón no es perfecto, pero es mucho más bello!

132. EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Una novicia estaba trabajando en la huerta del monasterio, cuando se acercó a ella una hermana muy mayor para ver qué estaba haciendo. Entonces la novicia tomó una pera recién cogida del árbol y se la ofreció a la anciana, y ésta le dijo:

- Como has sido buena con una pobre anciana, voy a decirte el secreto de la felicidad.

Entonces aquella anciana se acercó y le susurró algo al oído. Desde ese momento, en efecto, aquella novicia fue una monja feliz, a pesar de que tuvo problemas, sufrió enfermedades y se vio obligada a superar graves dificultades.

Cuando ya era una venerable anciana y estaba tranquilamente sentada en el jardín del claustro, se le acercó una joven monja y le dijo:

- Hermana, me llama la atención ver que siempre tienes un ánimo muy optimista y positivo, a pesar de que ahora estás inválida y debes ir en silla de ruedas. Por favor, dime cómo lo consigues.

Entonces aquella monja le contó su secreto:

- Siendo yo novicia, una hermana muy mayor a la que yo regalé una pera, me dijo al oído: «Pase lo que pase, siempre serás necesaria para tus hermanas». Y eso cambió mi vida. Incluso cuando me tocó trabajar con hermanas que se creían autosuficientes y mejores que las demás, yo sabía que ellas me necesitaban. Saber qué las podía ayudar, me hacía sentirme muy feliz.

133. LA MEJOR ESCUELA DE ORACIÓN

Un joven buscaba alcanzar la perfección espiritual y, por ello, deseaba conocer la mejor escuela de oración. En cuanto tenía noticias de un maestro espiritual, se ponía en camino para aprender de él. Entonces el joven se ejercitaba en sus enseñanzas durante unos meses y, al no tener el resultado que él esperaba, partía en busca de otro maestro. Y así estuvo varios años, hasta que, cansado de tanto buscar, regresó a su casa.

Unos días después fue a contarle su experiencia a su párroco y éste le dijo:

- Me recuerdas a aquel pésimo pocero que contrató el alcalde hace unos años. Se ponía a cavar en un lugar donde parecía que había agua, pero cuando llegaba a un metro de profundidad, decía: «Aquí no hay agua», y se iba a otro lugar a cavar. El resultado es que dejó el pueblo lleno de agujeros, pero no encontró nada de agua. Si todo el esfuerzo lo hubiese concentrado en un solo agujero, ahora el pueblo tendría un buen pozo.

134. LA TENUE LUZ

Iba un misionero caminando por el altiplano de los Andes hacia un pueblo, pero antes de llegar se hizo de noche y se perdió. Estaba a más de 4.000 metros de altitud. No veía nada. Además, comenzó a soplar un gélido viento y el misionero no tenía dónde refugiarse. Por ello, desesperado, rogó a Dios que le ayudase.

Pasados unos minutos, el misionero vio a lo lejos una tenue luz y, lleno de esperanza, caminó hacia ella. Al llegar a dicha luz, vio que se trataba de una pequeña casa de pastores. Llamó a la puerta y le abrió una joven muy contenta que le dijo:

- Qué alegría, padrecito, le estábamos esperando.

El misionero, asombrado, le preguntó:

- ¿Cómo es que ustedes me esperaban, si no me conocen?

Y la joven le dijo con toda naturalidad:

- Es que mi abuelita se está muriendo y habíamos puesto una luz en la puerta, con el deseo de que Dios nos enviara a un sacerdote para que le diese la Unción antes de morir. ¡Y aquí está usted!

135. EL BARREÑO CON AGUA

Una monja eremita tenía una joven discípula a la que solía hablarle de la importancia de la paz interior. Le decía:

- Hasta que no calmes tu cuerpo, tu mente y tu corazón, no podrás progresar en la vida espiritual. Cuando te sosiegues, todo será más fácil.

Pero la joven no entendía por qué su maestra le daba tanta importancia al sosiego. Por ello seguía haciendo movimientos

bruscos, pensando continuamente en cosas vanas y dejando que su corazón se dejase llevar por muy diversos sentimientos.

Un día su maestra puso en medio de su cabaña un gran barreño lleno de agua, la removió con la mano y le dijo a su discípula:

- Mira el agua, ¿puedes distinguir en ella tu rostro?

La joven se inclinó, miró y no vio más que agua moviéndose. Y le dijo la maestra:

- Deja que el agua se apacigüe y después vuelve a mirar.

Pasados cinco minutos, el agua del barreño se había quietado y la joven miró, y pudo ver claramente su rostro. Y la maestra le dijo:

- Eso es lo que ocurre cuando quietas toda tu persona: puedes ver quién eres realmente, puedes penetrar hasta el fondo de tu alma y, ahí, puedes unirte a Dios.

136. LAS DUDAS DEL SEMINARISTA

Un joven seminarista fue a un monasterio para hablar con una anciana monja que era amiga suya. Cuando estuvo delante de ella en el locutorio, le preguntó:

- Hermana, ¿cómo puedo saber que Dios no es un personaje imaginario inventado por mi mente?

Le respondió la anciana:

- Porque la imaginación no puede colmarte de amor como lo hace Dios.

Entonces el joven volvió a preguntar:

- ¿Y qué debo hacer para sentir el amor de Dios?

Y la anciana le respondió:

- Cuando reces, en vez de imaginar que Dios te escucha desde el Reino Celestial, debes percibir que también está dentro de ti. Cuando seas consciente de ello y compartas esta experiencia con tu comunidad parroquial, sentirás cómo el amor de Dios llena tu corazón y fluye entre los miembros de tu comunidad. Y verás que eso es muy real, no algo imaginario.

Cuando el joven se disponía a despedirse, le dijo la anciana:

- Nunca olvides que la fe es comunitaria, no individual. Cuando dejamos de compartir nuestra fe con la comunidad, es cuando podemos caer en la tentación de reemplazar a Dios por un personaje imaginario.

137. EL ANCIANO CABALLERO

En el castillo del rey habitaba un anciano caballero que había guerreado en multitud de combates siempre con gran nobleza y rectitud. Aquel caballero había consagrado su espada en un monasterio, y en aquella ceremonia, ante el abad, había hecho voto de usar su espada únicamente en causas nobles y para defender a los indefensos. Y eso había hecho desde entonces. Por eso era tan querido y admirado por todos.

Un día llegó al castillo un joven alto y fornido pidiendo altaneramente batirse con el anciano caballero, pues quería demostrar al rey que él era su mejor caballero. Dado que aquel joven era el hijo de un importante conde, el rey se vio forzado a convocar dicho combate.

El rey reunió a los dos contendientes en el patio principal del castillo ante un gran público. Antes de dar inicio el combate, el altanero joven quiso dar una ventaja al anciano caballero intentando ridiculizarle ante todos. Dijo a voz en grito:

- Dado que mi contrincante es un pobre viejo, le dejo a él que dé el primer golpe.

Y acto seguido, el rey hizo la señal para que comenzase el combate. Pero el anciano caballero no se movió. Permaneció inmóvil sin desenvainar la espada. Entonces el joven comenzó a increparle y a ridiculizarle con insultos y gesticulaciones. Pero el anciano no movía ni un músculo. Así estuvieron un largo tiempo. Mientras el joven no dejaba de gritar y bracear, caminando alrededor del anciano, éste permanecía quieto y no decía nada, limitándose a mirar al suelo con el rostro relajado.

Tanto duró aquello, que el joven, exhausto y humillado, decidió desistir, tirando su espada al suelo. Entonces el rey, con gran alegría, se dirigió al anciano caballero y, alzando su brazo derecho, le proclamó vencedor del combate. Y el público rugió de felicidad y algarabía. Cuando todo hubo acabado, el rey le preguntó al caballero:

- ¿Cómo has podido soportar tantos insultos?

Y el anciano, a su vez, le hizo otra pregunta:

- Su majestad, si una persona quiere regalarle algo, pero vos no lo aceptáis, ¿de quién es el regalo: vuestro o de esa persona?

El rey, algo desconcertado por aquella pregunta, le respondió:

- De dicha persona, claro.

Y el anciano le dijo entonces:

- Lo mismo acaba de pasar ahora. Ese joven quiso que yo aceptase sus insultos, pero yo no lo hice, por lo que es él quien se los ha tenido que quedar. Y con ellos ha regresado a su castillo.

138. ¿CÓMO ES DIOS?

Un estudiante de teología fue a visitar a un ermitaño que tenía fama de ser un gran sabio. El estudiante quería conocer mejor a Dios. Por eso le pidió al ermitaño que se lo describiera. Éste le dijo:

- He de decirte que, aunque te han dicho que Dios es bueno, en realidad no lo es. Y aunque te han dicho que Dios es bello, no es así. Ni tampoco es justo. Si quieres saber quién es realmente Dios, debes quitar eso de tu cabeza.

El estudiante le preguntó:

- Entonces, ¿cómo es Dios?

Pero el ermitaño quedó en silencio y no dijo más. El estudiante, perplejo, decidió marcharse. Y su desconcierto fue transformándose en indignación mientras bajaba a la ciudad. Es más, pensaba que el ermitaño era un hereje. Por eso, al día siguiente fue al despacho del catedrático de teología dogmática para contarle lo sucedido. Y éste le dijo:

- Ese ermitaño tiene razón. Dios no es bueno, ni bello, ni justo. Porque cuando experimentamos la presencia de Dios en nuestro corazón, descubrimos que Él es infinitamente más que todo eso. Por eso los místicos no tienen palabras para describir a Dios.

Y el estudiante, bajando la cabeza, dijo:

- Tengo que orar mucho más.

139. LA CORRIENTE DEL RÍO

Una novicia se quejaba a su maestra de que era incapaz de orar bien, a pesar de que se esforzaba en practicar correctamente los métodos de oración que la maestra le enseñaba. Le dijo:

- Madre, creo que esto no es lo mío. Estoy pensando en regresar con mi familia.

A la maestra le daba pena la situación de la novicia, pues intuía que tenía auténtica vocación contemplativa. Así que decidió tomar una medida drástica. Se la llevó a la orilla del río y le preguntó:

- ¿Sabes nadar?

Como la novicia negó con la cabeza, la maestra le enseñó un método fácil para flotar boca arriba, con los brazos y las piernas extendidas en forma de aspa, y le pidió que lo practicara. Y así hizo la novicia: se metió en el río y se puso a flotar. Y le dijo la maestra:

- Ahora que sabes flotar, no intentes nadar, sino, simplemente, déjate llevar por la corriente del río.

Así hizo la novicia que, encantada, notaba cómo el río la arrastraba suavemente corriente abajo. Cuando salió del agua le dijo la maestra:

- En la oración pasa lo mismo que cuando te metes en el río. Las técnicas que te enseñó son para que sepas flotar, no para que nades hacia Dios. Simplemente, límitate a flotar interiormente y verás cómo Dios, con su amor, te arrastra suavemente hacia Él.

140. LOS MILAGROS DEL PREDICADOR

En varias ocasiones, un fraile se vio forzado a orar a Dios para que obrase un milagro y Dios así lo hizo, pues el fraile era verdaderamente humilde. Esto llegó a oídos de sus hermanos de comunidad y le dijeron:

- ¿Por qué no pides a Dios que haga más milagros?

Entonces les respondió el fraile:

- Si yo hiciese eso, la gente no vendría a escuchar la predicación del Evangelio, sino a entretenerse con los milagros. Y lo que nos salva es el Evangelio, no los milagros.

141. EL SABIO CARPINTERO

Un humilde carpintero se hizo famoso por los muebles y utensilios que él fabricaba. Aunque se tratase de un simple mango de martillo o de un sencillo taburete, su belleza y su manejabilidad eran tales, que provocaba la admiración de todos.

El escultor de la corte quiso saber cuál era su secreto, para poder emplearlo él en el palacio del rey. Cuando se lo preguntó al carpintero, éste le dijo:

- El secreto está en el modo de obtener la madera. Es preciso saber pedirla debidamente.

Pero el escultor no entendía a qué se refería, por lo que el carpintero se lo explicó:

- Con el bosque pasa como con las personas. De ellas obtienes lo mejor cuando se lo pides con cariño y paciencia. Por eso, cuando necesito fabricar algo, voy al bosque, se lo digo con ternura y espero tranquilamente a que él me lo dé. A veces pasan meses. Pero merece la pena.

142. EL ROBO AL ERMITAÑO

Había un anciano ermitaño que vivía muy pobremente en una cueva al lado de un río. Un día, mientras estaba cogiendo moras, vio que alguien entraba en la cueva y se llevaba lo poco que en ella tenía. Cuando el ladrón salía de la cueva, el anciano le llamó y le dijo:

- ¡Oye, que te dejas algo!

Entonces el anciano se quitó la túnica que llevaba puesta y se la dio al ladrón, y éste se fue corriendo.

Por la noche, aquel anciano era la persona más feliz del mundo. Sentado junto a la entrada de la cueva, escuchando el murmullo del río y contemplando la belleza de la luna, le dijo a Dios:

- Señor, aquí estamos Tú y yo solos. Ya no tengo nada. Soy todo tuyo.

143. GUARDAR UN SECRETO

Un joven seminarista le preguntó a su obispo:

- Monseñor, ¿puede decirme cuál es la persona de esta ciudad que mejor me puede guardar un secreto?

Le contestó el obispo:

- Sí, tú mismo.

144. EL PAISAJE DEL MONASTERIO

Una joven catequista acudió a la hospedería de un monasterio para pasar allí una semana de retiro espiritual. Nada más llegar se quedó gratamente sorprendida con el paisaje que rodeaba a dicho monasterio, pues estaba situado en la cumbre de una montaña, en medio de una reserva natural.

Cuando la catequista le comentó a la hermana hospedera lo mucho que le gustaba el paisaje y que eso la iba a ayudar a contemplar a Dios, ésta le respondió:

- Cuando yo era una joven novicia, pensaba lo mismo que tú. Pero con el tiempo he ido descubriendo que, mucho mejor que contemplar a Dios en el paisaje, es estar junto a Él en el corazón.

145. EL DESEO DE UNIRSE A DIOS

Un joven sacerdote llevaba cinco años ordenado, pero sentía que no tenía una auténtica y real experiencia de Dios, como la que se

describen en las vidas de los santos o en los libros de mística. Y se decía a sí mismo: «¿Qué sentido tiene que yo entregue mi vida a Dios, si no me siento unido a Él?».

Así que pidió permiso a su obispo y emprendió una larga peregrinación en busca de alguien que le pudiera ayudar. Y así, de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, fue hablando con ermitaños, párrocos, abades, madres de familia y con todo aquel que él consideraba que podía ayudarle. Hasta que un día, en un país extranjero, llegó a la puerta de un convento y preguntó por el prior. Y cuando le hubo contado su problema, él prior le preguntó:

- ¿Quiere alcanzar la unión con Dios? Eso es fácil. Venga, se lo mostraré.

El prior le llevo a la huerta del convento, y en ella había un pequeño estanque con peces. Y le dijo:

- Por favor, padre, agáchese, acerque su cara a la superficie del agua y fíjese bien en los peces.

El joven sacerdote así lo hizo. Y cuando tenía su cara casi pegada a la superficie del estanque, el prior apoyó la mano en su cabeza, se la hundió debajo del agua y así le tuvo durante un buen rato. Cuando el sacerdote estaba a punto de ahogarse, el prior le dejó sacar la cabeza y el sacerdote se puso a dar bocanadas de aire. Pasados unos minutos, el prior le preguntó:

- ¿Qué sintió usted cuando tenía la cabeza debajo del agua?

Respondió el sacerdote:

- Una imperiosa ansia por respirar.

Entonces el prior le dijo:

- Cuando usted sienta una imperiosa ansia por estar unido a Dios, Él se lo concederá.

146. LA POCILGA DEL MONASTERIO

Uno de los oficios que menos gustaba en un lejano y pequeño monasterio era el de porquerizo, el cual se ocupaba de la pocilga de los cerdos. Sin embargo, este oficio era importante porque suministraba carne y embutidos de buena calidad al monasterio, pues este estaba emplazado en lo alto de una montaña, donde era difícil conseguir pescado y hortalizas.

Pues bien, el hermano porquerizo era un joven hábil e inteligente que, nada más acabar el noviciado, aceptó este oficio porque vio que nadie lo quería. Pasados unos años, el abad decidió premiar la buena disposición de este monje enviándole a estudiar a Roma. Allí estuvo tres años en los que obtuvo la licencia en historia de la Iglesia y, antes de partir, sus profesores le recomendaron enfáticamente que regresara pronto para hacer el doctorado.

Cuando llegó al monasterio, dada su buena formación, el abad le dio a elegir entre tres prestigiosos cargos: archivero, bibliotecario o sacristán. Pero este monje preguntó:

- Padre abad, ¿cómo va la pocilga del monasterio? ¿El hermano porquerizo está contento?

La respuesta del abad fue clara:

- Hermano, ya sabes que a nadie le gusta ese oficio. El actual hermano porquerizo hace lo que puede, pero se le ve a disgusto.

Entonces, sonriendo, le dijo el monje:

- Si quiere, puedo recuperar mi antiguo oficio de porquerizo. Yo lo haría con gusto.

Y el abad le dijo con admiración:

- Eres un monje verdaderamente humilde.

147. EL OSO Y LOS LOBOS

Una mujer estaba dando un sosegado paseo por el campo, cuando, de repente, de unos arbustos salió un oso que comenzó a correr hacia ella. La señora salió huyendo y cayó por un precipicio, quedando colgada de una rama. Miró hacia arriba y vio que el oso la observaba desde lo alto. Cuando miró hacia abajo, vio que una manada de lobos esperaba a que cayera para comérsela.

Ante esa situación, vio que delante de ella había un ramillete de flores. Las olió, y le dio gracias a Dios, porque las flores eran preciosas.

148. EL AYUDANTE DEL JUEZ

En un país centroafricano, una misionera tuvo que asistir a un juicio en el que estaban involucrados dos vecinos que disputaban por una canalización de agua. Por desgracia, el juez titular estaba enfermo y ese día le reemplazó un ayudante que no tenía mucha inteligencia, ni quería tener problemas con nadie. Cuando comenzó el juicio, un vecino expuso su postura y el ayudante del juez dijo:

- Señor, me ha convencido, tiene usted razón.

Después, el otro vecino expuso su postura, que era diametralmente contraria a la de su oponente, y el ayudante del juez dijo:

- Señor, me ha convencido, tiene usted razón.

Al escuchar aquello, se formó un tumulto entre los asistentes. Cuando volvió hacerse el silencio en la sala, la misionera se levantó y le dijo al ayudante del juez:

- Señor ayudante, ser justo consiste en dar a cada uno lo que le corresponde, no en intentar complacer a todos.

Y el ayudante le dijo a la misionera:

- Hermana, me ha convencido, tiene usted razón.

149. NINGUNA PERSPECTIVA DE FELICIDAD

Un hombre de mediana edad fue a hablar con su párroco. Entre sollozos, le contó que había desperdiciado su vida y le habló de las malas decisiones que había tomado y del daño que había causado a sus familiares y amigos. Como resultado de todo ello, estaba solo y sin ninguna perspectiva de ser feliz en la vida.

El párroco, tras escucharle con mucha atención, en lugar de darle una charla, se limitó a pedirle que le acompañara a visitar a una vecina que vivía enfrente de la parroquia. Cuando llegaron a la casa de esa vecina, una chica joven les condujo a una habitación donde había una señora muy mayor metida en la cama. El párroco le dijo a aquel hombre:

- El médico dice que a esta señora le quedan unas semanas de vida, pero aún tiene la cabeza bastante bien. Por favor, quédese con ella y háblele de los problemas que usted me ha contado.

Aquello cambió totalmente la vida de ese hombre.

150. LA MINA DE COBRE

Un fraile misionero iba en un barco rumbo a Oriente, cuando dicho barco fue asaltado por unos piratas, los cuales apresaron a todos y los vendieron como esclavos. Y así, el fraile acabó trabajando en unas minas de cobre en un país asiático.

Aquel era uno de los peores trabajos, pues los mineros se pasaban el día metidos en un profundo y estrecho túnel, respirando aire contaminado, picando dura roca y acarreando pesados sacos de piedras. Por ello, era normal que los mineros murieran a los pocos años.

Cuando el fraile se puso a trabajar en la mina, en lugar de hundirse en la desesperación, decidió ayudar al resto de los mineros, convirtiéndose en alguien muy querido por todos. Pasado un año y medio, aquella mina fue comprada por un rico magnate, y éste, al enterarse de que había un fraile trabajando en ella como esclavo, decidió liberarlo inmediatamente. Pero el fraile se negó a ser liberado, porque en la mina había encontrado su lugar en el Reino de Dios.

BIBLIOGRAFÍA

Libros

- ANÓNIMO, *Cuentos sufís de Nasrudín*, Mandala, Madrid 2001.
- Ramiro CALLE, *101 cuentos clásicos de la India*, EDAF, Madrid, 1995
- , *Antología de cuentos de la India y Tíbet*, EDAF, Madrid 2006⁷.
- , *Cuentos del Lejano Oriente y del Himalaya*, ELA, Madrid 2017.
- , *Cuentos orientales de amor*, ELA, Madrid 2018.
- ESOPO, *Fábulas de Esopo*, en *Fábulas de Esopo, Vida de Esopo, Fábulas de Babrio*, Gredos, Madrid 1978.
- Alfonso FRANCIA, *Educación con fábulas*, CCS, Madrid 1991.
- Rosario GÓMEZ, *Cuentos con alma (Puentes de luz)*, Gaia, Santiago de Chile 2015¹².
- , *Más cuentos con alma (Puentes de luz)*, Gaia, Santiago de Chile 2016⁵.
- Alexander HOLSTEIN, *100 Koans del budismo chan. Enseñanzas de los primitivos maestros chinos*, EDAF, Madrid 2006⁵.
- Omar KURDI, Pedro PALAO PONS, *Cuentos sufís. La filosofía de lo simple*, Karma, Móstoles 2005.
- Jaques LOEW, Jaques FAIZANT, *Fábulas y Parábolas*, Narcea, Madrid 1978.
- Asha MAHAN, Mónica GONZÁLEZ, *Cuentos hindúes*, Karma 7, Madrid 2011.
- Anthony de MELLO, *El canto del pájaro*, Sal Terrae, Maliaño 1982.
- , *La oración de la rana I*, Sal Terrae, Maliaño 1988.
- , *La oración de la rana II*, Sal Terrae, Maliaño 1991.

---, *Los cuentos que Mello cuenta*, Lumen, Buenos Aires 2006.

Herminio OTERO, *Narraciones para la Catequesis*, CCS, Madrid 1992.

Ana ROIG, Pedro PALAO PONS, *Cuentos japoneses. Sabiduría del sol naciente*, Arkano Books, Madrid 2018.

SA'DI, *Cuentos de los derviches persas*, EDAF, Madrid 2003.

Chang SHIRU, Ramiro CALLE, *101 cuentos clásicos de la China*, Edaf, Madrid 2005⁹.

Yosano SIM, Pedro PALAO PONS, *Cuentos tibetanos*, Karma 7, Madrid 2005.

Norberto TUCCI, *Historias zen*, ELA, Madrid 2004.

Webs

<http://www.alvaromerino.com>

<http://www.cuentoscortos.com>

<https://cuentosparadormir.com>

<https://www.educapeques.com>

<http://www.elfrasero.com.ar>

<http://habiaunavezuncuento.com>

<http://fightlosophy.com>

<https://parabolasdeldean.wordpress.com>

<http://www.vidaemocional.com>

En este libro ofrecemos 150 cuentos espirituales que son breves y sencillos. Transmiten mensajes que pueden ayudarnos a madurar interiormente, pues son el fruto de la sabiduría universal y han sido escritos en clave cristiana. Aunque podemos leerlos de una tirada, en poco más de una hora, lo mejor es leerlos separadamente, uno a uno, dejando un tiempo de meditación. Dependiendo del tema del que traten, también pueden emplearse pastoralmente: para amenizar y enriquecer una homilía, una charla o un diálogo en un grupo cristiano. En definitiva, deseamos que estos cuentos ayuden a nuestros lectores a progresar en su camino de conversión, para así alcanzar la auténtica felicidad: la que brota de lo más profundo del corazón.